

La Revolución Rusa en su Centenario

Perspectivas temáticas y narrativas historiográficas

Martín Baña*

Introducción

La Revolución Rusa fue un episodio fundamental para la humanidad. No sólo se trató del primer intento anticapitalista triunfante de la historia sino que también muchos de los fenómenos centrales de los últimos cien años no se pueden entender sin hacer referencia a la experiencia surgida de 1917: la derrota de los nazis, la expansión del Estado de Bienestar o el desarrollo de la Guerra Fría, por sólo nombrar los más resonantes.

Los modos en los cuales ha sido narrada la Revolución han variado de acuerdo a los contextos de producción historiográfica y la intervención de varios factores entre los que se destacan las perspectivas teóricas dominantes, la disponibilidad de fuentes de difícil acceso y los intereses ideológicos en disputa. Diversas corrientes de interpretación han intentado otorgarle un sentido a la experiencia que se proyectó sobre cada uno de sus presentes y, así, condicionó la evaluación de la historia rusa y potenció las posibilidades del comunismo en el mundo. Luego de la disolución de la Unión Soviética en 1991, el interés por el estudio de los sucesos de 1917 perdió peso, tanto por el fracaso del régimen al que había dado nacimiento como por un nuevo contexto en el cual la idea de revolución como medio de transformar el mundo parece haber perdido validez.

En este nuevo escenario, cabe preguntarse sobre el modo de narrar la historia de la Revolución Rusa cien años después: ¿qué sentido tiene hoy explorar su experiencia? ¿Qué es posible rescatar de su legado? Este artículo se propone una revisión de las temáticas, perspectivas y aportes de la historiografía en las vísperas del Centenario de la Revolución Rusa. Se trata de un abordaje de las producciones que se desarrollaron principalmente luego de la caída de la URSS y que conforman hoy el marco de interpretación de la experiencia revolucionaria, en donde se vislumbran, entre otras, una fuerte presencia de la nueva historia cultural y de la perspectiva de la historia transnacional. El objetivo de esta revisión es doble: por un lado, se trata de exponer críticamente las perspectivas temáticas que se desarrollaron en este nuevo contexto; por el otro, se trata de aportar elementos para la construcción de una nueva historia de la Revolución. En ese sentido, aspiramos a que este esfuerzo nos permita comprender mejor ese pasado para proyectarlo hacia nuestro presente, en donde todavía se hacen visibles las formas de dominación contra las que se rebelaron los sujetos en la Rusia de 1917.

Antes de comenzar debemos hacer una aclaración. La revisión propuesta se concentra en lo que consideramos los principales aportes e innovaciones dentro del campo. Como se notará, se trata de una lectura esquemática y parcial —que de ningún modo se pretende exhaustiva— ya que hemos preferido concentrarnos en ciertas temáticas y discusiones que creemos contribuyen a renovar el estudio de la Revolución como también a ampliarlo. De este modo, en las consideraciones finales, propondremos algunas aclaraciones y nuevos interrogantes para invitar al lector a repensar la historia y los sentidos de la Revolución Rusa a cien años de su inicio.

* UBA-UNSAM-CONICET

La Revolución Rusa antes de 1991: entre las corrientes historiográficas y los posicionamientos políticos

Dado el carácter del acontecimiento, la historia de la Revolución Rusa fue narrada desde lo que podríamos considerar como dos grandes vertientes. Por un lado, aquellas que provinieron del campo de la militancia política y, por el otro, aquellas que surgieron a través de las producciones académicas.¹ Respecto del primer caso, es evidente que las interpretaciones sobre la Revolución empezaron a surgir en el mismo momento en el que el régimen al que había dado nacimiento se empezaba a consolidar, a través de publicaciones producidas por sus protagonistas directos, sea que estuvieran del lado vencedor o del lado de los que habían sufrido la derrota.² Así, si en los relatos de aquellos que habían quedado fuera del poder predominaba la condena y el juicio ético, la justificación histórica de los eventos se hacía más evidente en las narraciones emanadas de las plumas bolcheviques.³

Una vez afianzada la Unión Soviética, surgió un relato que monopolizó la interpretación no sólo dentro del régimen sino también en gran parte del campo de la izquierda.⁴ Allí, la toma del poder en octubre aparecía retratada como el evento fundamental y los bolcheviques, al mando de Lenin, como los protagonistas decisivos, ya que eran vanguardia política de la clase obrera. Esta narración permitía construir una línea directa de continuidad entre el líder y los dirigentes posteriores, legitimando así al partido y su lugar dentro de la estructura de poder de la URSS.

A pesar de la fuerza predominante de la ortodoxia de Moscú, surgieron dentro de la izquierda otras interpretaciones que intentaron cuestionarla. Sin ser del todo homogéneas, estas versiones “herejes” se pueden concentrar en tres grandes corrientes: la tesis del “capitalismo de Estado”,⁵ que ponía el acento en la diferencia entre la estatización y la socialización de los medios de producción realizada por el gobierno revolucionario; la tesis trotskista del “estado obrero degenerado”,⁶ que veía a la URSS como una “traición” de los ideales y aspiraciones de la Revolución; y la tesis de lo que se podría denominar como “colectivismo burocrático”,⁷ que depositaba en 1917 el origen de una nueva clase dominante, la burocracia.

A pesar de su situación marginal respecto de la academia, cada una de ellas aportó elementos teóricos de gran significación para pensar críticamente la sociedad soviética y rescatar eventualmente el aporte de la Revolución en contextos en donde todavía se creía posible una reforma dentro de la URSS. Las intervenciones demostraron además que el principal obstáculo para una crítica de la experiencia de la Revolución no era epistemológico sino político y, gracias a ello, se manifestaron como el mejor lugar para el desarrollo del pensamiento marxista, más apropiado incluso que el propuesto por el dogma soviético. Sin embargo, la narración que prevaleció dentro de la izquierda siguió centrándose en Octubre, la clase obrera y los principales líderes del Partido bolchevique. Más aún, todavía hoy la historia de la Revolución se sigue pensando en términos teleológicos y con categorías surgidas incluso antes de 1917.⁸ Esta pereza por repensar la Revolución Rusa, entre otras cuestiones, es lo que le impide a la izquierda tradicional no sólo construir un relato actualizado del pasado sino también pensar estrategias emancipatorias efectivas del presente.

1 Aunque esto no significa que las producciones académicas hayan sido inmune a posicionamientos políticos, más bien todo lo contrario. La distinción tiene que ver, en todo caso, con el objetivo explícito de los autores al momento de producir y publicar sus obras.

2 La mayoría tomó la forma de memorias y crónicas. Por citar algunos de los ejemplos más conocidos, Nicolás N. Sukhanof, **La Revolución rusa** (1917), Barcelona, Luis de Caralt, 1970 [1922]; León Trotsky, **Historia de la Revolución rusa**, Madrid, Sarpe, 1985 [1932]; Viktor Sklovski, **Viaje sentimental. Crónicas de la revolución rusa**, Barcelona, Anagrama, 1972 [1923]; John Reed, **Diez días que estremecieron al mundo**, Madrid, Orbis, Hyspamérica, 1985 [1958].

3 Como se puede observar en el caso de Trotsky, quien elige concluir su monumental obra sobre la Revolución en el momento de la toma del poder por parte de los bolcheviques, sin incluir los acontecimientos que vinieron después, como la supresión del control obrero de la producción o la rebelión de Kronstadt. Ver: Producción Colectiva, **Tiempo de insurgencia. Experiencias comunistas en la Revolución Rusa**, Buenos Aires, Edición de los autores, 2006, pp. 9-11.

4 Y que se expresó en los manuales de historia oficiales. Ver, por ejemplo, **Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la URSS**. Moscú, Ediciones en lenguas extranjeras, 1939.

5 Ver, por ejemplo, Charles Bettelheim, **La lucha de clases en la URSS**, Madrid, Siglo XXI, 1978, 2 vols.

6 Ver: León Trostsky, **La revolución traicionada**, Santiago Ercilla, 1937 y la obra de sus seguidores como Isaac Deustcher, **La revolución inconclusa. 50 años de historia soviética (1917/1967)**, México, Ediciones Era, 1974 y Moshe Lewin, **El último combate de Lenin**, Barcelona, Lumen, 1970.

7 Ver, por ejemplo, Cornelius Castoriadis, “El régimen social de Rusia”, en Cornelius Castoriadis, **Los dominios del hombre. Las encrucijadas del laberinto**, Barcelona, Gedisa, 2005, pp. 29-49.

8 Ezequiel Adamovsky, **Octubre Hoy. Conversaciones sobre la idea comunista a 150 años del Manifiesto y 80 de la Revolución Rusa**, Buenos Aires, El cielo por asalto, 1998, p. 159.

Respecto de los estudios académicos, los primeros intentos estuvieron influenciados por la llamada Escuela del Totalitarismo que, entre las décadas de 1940 y 1960, dio lugar al surgimiento de lo que se conoció como “soviología clásica”.⁹ Enmarcados dentro del contexto de la Guerra Fría, estos investigadores construyeron una imagen que le negaba a Octubre la condición de revolución y que, en su lugar, lo presentaba como un “golpe de Estado” llevado a cabo por los bolcheviques, un partido organizado y disciplinado al mando de un líder obcecado como Lenin, quien había aprovechado la situación de crisis abierta por la Primera Guerra Mundial para hacerse del poder.

Estimulados por la enorme cantidad de recursos puestos a disposición para “estudiar al enemigo” y con una notable presencia de politólogos entre sus filas, los soviólogos construyeron una imagen de la URSS que se mantuvo cerca de la experiencia nazi y que insistió en encontrar su clave de interpretación en el régimen político. Entre sus principales postulados, se destacan el énfasis por desarrollar una línea de continuidad entre Lenin y Stalin y por mostrar que los intentos de cambios radicales conducen inevitablemente al totalitarismo. La preferencia por magnificar los alcances de la modernización económica de las últimas décadas del zarismo y la invisibilización de los problemas sociales y económicos estructurales también los condujo a describir a la Revolución como un trágico accidente que apartó a Rusia del camino “normal” de la historia.¹⁰

Hacia la década de 1960 surgieron las primeras voces críticas contra la interpretación totalitaria, a través de la Teoría de la Modernización y, sobre todo, de una corriente “revisionista” surgida dentro la soviología norteamericana.¹¹ En un contexto un tanto más relajado, favorecido por el proceso de desestalinización en la URSS y la crítica de la cultura occidental estimulada por experiencias como el Mayo Francés, las nuevas investigaciones estuvieron dominadas por el trabajo de los historiadores y por un interés más centrado en las dinámicas sociales. De ese modo, intentaron dejar de lado la visión totalitaria de una sociedad pasiva sometida por el régimen y rescataron el componente social de la Revolución, a la cual vieron como el resultado de una genuina movilización popular. Además, demostraron los modos en los cuales se formó una conciencia revolucionaria en los sujetos que la protagonizaron. En estos relatos, los bolcheviques quedaban ubicados como parte de una tradición más amplia y el partido fue caracterizado de un modo más abierto y democrático. Así, se quebraba la línea de continuidad entre Lenin y Stalin y se reconocía la existencia de alternativas al estalinismo.¹² Estas ideas se vieron reforzadas a su vez por los aportes de la Historia Social, en cuyos relatos se solía colocar a los bolcheviques por detrás de las masas, y en donde se buscaba reconstruir, sin caer en falsos esquematismos, tradiciones, culturas y valores específicos de la clase obrera.¹³

Dentro del campo académico estas dos grandes corrientes se disputaron la producción de sentidos sobre la Revolución, prevaleciendo cada una de acuerdo a los contextos en los que habían surgido e imponiendo temáticas y líneas de investigación. La disolución de la Unión Soviética, sin embargo, desprestigió a ambas: a los soviólogos clásicos, por la incapacidad de prever el final, y a los revisionistas, por la confirmación de la inviabilidad de un proyecto comunista.

Una tercera corriente se empezó a hacer visible a partir de 1991, orientándose hacia lo que podríamos denominar el “giro cultural”. El nuevo contexto conformado por el refuerzo de las políticas neoliberales, el creciente desinterés por la historia social, el impacto del posmodernismo y la expansión de ideologías tales como el “fin de la historia” se expresó en un desdén por el período de la Revolución y por un creciente interés, en cambio, por el régimen estalinista, el cual pasó a ser identificado entonces como la auténtica revolución¹⁴ y al cual podía caracterizarse como una “cultura” o una “civilización”.¹⁵ De este modo, la disolución de la URSS no sólo trajo el fin del sueño comunista a nivel mundial y la conformación de más de una docena de nuevos estados sino también una significativa reconfiguración del campo historiográfico.

9 Entre los trabajos fundadores se encuentran Hannah Arendt, **Los orígenes del Totalitarismo**, Madrid, Taurus, 1974; Carl Friedrich y Zbigniew Brzezinski, **Dictadura totalitaria y autocracia**, Buenos Aires, Libera 1965.

10 Para una síntesis de esta postura, ver, por ejemplo, Richard Pipes, **The Russian Revolution**, Nueva York, Knopf, 1990.

11 Entre los que se destacan: Stephen Cohen, Sheila Fitzpatrick y Lynne Viola, entre otros.

12 Ver: Stephen Cohen, **Bukharin and the Bolshevik Revolution. A Political Biography, 1888-1938**, Oxford, Oxford University Press, 1980.

13 Ver: Marc Ferro, **La Revolución de 1917 (La caída del zarismo y los orígenes de Octubre)**, Barcelona, Laia, 1975.

14 Ver: Sheila Fitzpatrick, “Introduction”, en Sheila Fitzpatrick (ed.), **Stalinism. New Directions**, Nueva York, Routledge, 2000, pp. 1-14.

15 Ver, por ejemplo, Stephen Kotkin, **Magnetic Mountain: Stalinism as Civilization**, Berkeley, University of California Press, 1995.

La Revolución Rusa luego de 1991: nuevas fuentes para nuevas teorías

Sin dejar totalmente de lado la política y las estadísticas, las nuevas investigaciones prefirieron concentrarse más en prácticas, discursos y rituales. Una serie de factores, además de los enunciados, favorecieron el surgimiento de esta corriente claramente influenciada por la “nueva historia cultural” y cuya presencia se hizo sentir con fuerza dentro del campo en las dos últimas décadas.¹⁶

En primer lugar, debemos destacar el notable mejoramiento en la disponibilidad de las fuentes. Durante la existencia de la URSS la posibilidad de trabajar con documentos estuvo bastante restringida, especialmente para los investigadores extranjeros. Éstos debían confiar en los testimonios de los emigrados, en los pocos e incompletos fondos documentales existentes en bibliotecas europeas y norteamericanas o en excepciones tales como los archivos del Partido de la provincia de Smolensk.¹⁷ La disolución de la URSS supuso una notable mejora en el acceso a las fuentes primarias, aunque con matices: gran parte de archivos tan significativos como los del Politburó y el Comité Central del PCUS todavía siguen estando restringidos.¹⁸ Sin embargo, la posibilidad de acceder de manera directa a los fondos documentales y al propio trabajo de campo dentro de Rusia ha repercutido en una notable cantidad de nuevas producciones. Una de las ventajas con las que se cuenta en este sentido es que al no existir la propiedad privada en la URSS, la disponibilidad de los documentos es casi total. Además, dada la organización política, en donde un único partido político dominaba las estructuras del Estado, los documentos se encuentran disponibles casi por duplicado. La desventaja aquí es que, en muchos casos, se hallan separados y concentrados en cada una de las respectivas reparticiones.¹⁹

En segundo lugar, debemos remarcar los cambios en los enfoques teóricos y las perspectivas metodológicas adoptadas por los investigadores. Aquí se destaca el abandono de la historia social tan dominante en las décadas de 1960 y 1970 y su reemplazo por un “giro cultural”. El impacto generado por autores tales como Michel Foucault, Norbert Elias o Mijail Bakhtin, por sólo citar algunos ejemplos, repercutió en una ampliación del espectro teórico y en un nuevo abordaje de las fuentes disponibles. Una consecuencia inmediata fue que los investigadores optaron por colocar la lupa sobre los discursos y las prácticas de los grupos sociales y por buscar el modo en el cual influyeron en la formación de una identidad revolucionaria.²⁰ El interés por la teoría forzó un corrimiento de las ciencias sociales a las humanidades y el acercamiento a los diferentes teóricos favoreció sobre todo a los jóvenes historiadores rusos que buscaban escapar de los encorsetamientos generados por el marxismo-leninismo.²¹

El mejoramiento en el acceso a las fuentes y la renovación de los enfoques teóricos permitió la emergencia de un doble proceso que se autopotenció: por un lado, teorías que podían contar con una fuerte base empírica y, por el otro, fuentes que podían ser analizadas a través de nuevas conceptualizaciones.²² Así, se hizo visible una serie de cuestiones, como la recategorización de lo político, la búsqueda de acercar el poder del Estado a los patrones de la vida cotidiana y el auge de los estudios comparativos.²³ También se puso de manifiesto la necesidad de superar las categorías que habían nacido con la Revolución y que habían sido empleadas por la historiografía sin demasiado espacio para la reflexión crítica.

Finalmente, debemos tener en cuenta las amplias posibilidades de intercambio entre distintas tradiciones histo-

16 Algunas primeras evaluaciones sobre los aportes de esta corriente se intentaron en Stephen Kotkin, “1991 and the Russian Revolution: Sources, Conceptual Categories, Analytical Frameworks”, *The Journal of Modern History*, 70, n° 2, 1998, pp. 384-425 y en el *dossier* a diez años de la disolución de la URSS publicado en la revista *Kritika* en 2001, *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History*, 2, n° 2, 2001, pp. 229-362.

17 Se trataba de los archivos del Partido de la provincia de Smolensk que habían sido capturados por los alemanes durante la guerra y que fueron luego recapturados por los norteamericanos cuando avanzaron sobre Alemania. Sobre la base de esos documentos Merle Fainsod escribió su clásica obra *Smolensk under Soviet Rule*, que colaboró bastante, para pesar del autor, en la deconstrucción del modelo totalitario. Ver: Merle Fainsod, *Smolensk under Soviet Rule*, Nueva York, Vintage Books, 1963.

18 Cuestión que se ve reforzada por el celo con el cual el actual gobierno ruso controla la producción de contenidos históricos. Ver: Bruno Groppo, “Los problemas no resueltos de la memoria soviética”, *Nueva Sociedad*, n° 253, 2014, pp. 89-104.

19 Ver: Kotkin, *1991...*, *op. cit.*, pp. 391-392.

20 Ver, por ejemplo, Boris Kolonitskii y Orlando Figes, *Interpretar la Revolución rusa. El lenguaje y los símbolos de 1917*, Valencia, Universitat de Valencia, 2001.

21 Como se observa en el caso del propio Kolonitskii. Véase Boris Kolonitskii, “On Studying the 1917 Revolution: Autobiographical Confessions and Historiographical Predictions”, *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History*, 16, n° 4, 2015, p. 758.

22 Ver: Fitzpatrick, *Stalinism...*, *op. cit.*, p. 1.

23 Ver: Kotkin, *1991...*, *op. cit.*, p. 386.

riográficas.²⁴ La caída de la URSS permitió un acercamiento mucho más amplio y fructífero entre los historiadores de Rusia y el resto del mundo cuyos canales de comunicación habían estado bastante limitados durante los años de la Guerra Fría. Así, se olvidaron los prejuicios que habían estado presentes en ambas partes: por un lado, los historiadores occidentales dejaron de subestimar la producción rusa por considerarla contaminada de un marxismo de dudosa rigurosidad y, por el otro, los historiadores rusos dejaron de contemplar a las obras de sus colegas occidentales como “falsificaciones burguesas”.²⁵ Por lo demás, los sistemas de becas y los intercambios entre universidades rusas, europeas y norteamericanas favorecieron el acceso a nuevos enfoques teóricos, desde un lado, y a las fuentes, desde el otro. En este sentido, el manejo del idioma por parte de los historiadores nativos resultó fundamental, especialmente para el abordaje de las cuestiones culturales tan en boga.

La consolidación de esta nueva corriente más culturalista tuvo como efecto dejar de lado los viejos enfrentamientos que habían monopolizado los estudios sobre la Revolución durante gran parte del siglo XX entre los soviólogos, que eran vistos como difusores de los prejuicios de la Guerra Fría, y los revisionistas, que eran considerados como apologetas de la URSS y hasta menospreciados por “marxistas”. Por otra parte, también excluyó la preferencia por una ciencia política más teórica —como elegía la Escuela del Totalitarismo— y por una historia más social —como prefería el revisionismo—. Sin embargo, no descartó del todo los aportes de ambas, ya que siguió lidiando con temas tales como la ideología, cara a los totalitaristas, como también cuestiones vinculadas a las prácticas sociales y la vida cotidiana, más cercanas a los revisionistas. Así, no estamos frente a un rechazo total del revisionismo como tampoco frente a una resurrección parcial del totalitarismo. Más bien de lo que se trata es de una articulación de los aportes de sus investigaciones con los nuevos enfoques y fuentes disponibles.

La Revolución Rusa en su Centenario: enfoques, temáticas, perspectivas

Una de las cuestiones que más llama la atención es que las transformaciones arriba enumeradas no repercutieron del todo en un análisis más detallado y profundo de la Revolución. Por el contrario, los nuevos estudios han demostrado una gran incapacidad para ayudar a comprender el acontecimiento. Como sostiene S. Smith, “mientras que nuestro conocimiento de la Revolución Rusa y de la Guerra Civil se ha incrementado de manera significativa, en varios aspectos claves nuestra habilidad para entender las aspiraciones de 1917 ha disminuido”.²⁶ Una de las explicaciones centrales tiene que ver con el contexto en el cual hoy se investiga: con la caída de la URSS, el auge de políticas neoliberales y el supuesto “fin de la historia”, la idea de revolución ha quedado bastante desacreditada y resulta incluso difícil para los investigadores empatizar con el objeto de estudio.

Sin embargo, a punto de acercarnos al Centenario, no sólo es legítimo preguntarse sobre la manera en el que este contexto actual condiciona el estudio de la Revolución Rusa sino también sobre los modos en el cual los propios historiadores han definido las preguntas y han moldeado nuestro conocimiento sobre el pasado o, en todo caso, qué temáticas han prevalecido dentro del estudio del fenómeno. ¿Cuáles son los interrogantes que los investigadores se hacen hoy sobre la revolución? ¿Qué cuestiones han atravesado de manera significativa sus trabajos? Responder estas preguntas no sólo nos permitirá armar un mapa de la situación para reconstruir un relato que conecte con las necesidades del presente sino que también nos ayudará a visibilizar los problemas que todavía enfrentamos a la hora de recuperar la idea de revolución.

A pesar de ciertas diferencias en cuanto a enfoques y perspectivas, es posible distinguir una serie de tópicos comunes en las investigaciones, que son los que desarrollamos a continuación y los que en la actualidad predominan en las narraciones sobre la Revolución Rusa.

> Transformaciones en el tiempo y el espacio: ¿guerra, revolución o “continuum de crisis”?

Uno de los cambios más significativos en la historiografía se generó en la revisión de dos variables sensibles: las

24 Ver: Kolonitskii, “On Studying”, *op. cit.*, p. 759.

25 Fitzpatrick, **Stalinism**, *op. cit.*, p. 4.

26 S. A. Smith, “The Historiography of the Russian Revolution 100 Years On”, **Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History**, 16, n° 4, 2015, p. 733.

de tiempo y espacio. Las nuevas investigaciones cuestionaron la vieja tendencia de centrarse en las “dos revoluciones” del año 1917 y desarrollaron una cronología más amplia, que se inicia con el estallido de la guerra en 1914 y que finaliza en 1922 con el establecimiento de la URSS. Estas narrativas hacen hincapié en el notable impacto que la Primera Guerra Mundial tuvo en la reconfiguración del panorama político europeo, en la desintegración del Imperio Ruso y en las transformaciones que inspiraron las instituciones soviéticas. Es por ello que hoy se prefiere hablar de un “*continuum* de crisis” del cual la Revolución sería parte.²⁷ Así, la guerra se presenta aquí no como un prolegómeno sino como un fenómeno fundamental para entender el proceso revolucionario.

Esta ampliación cronológica tuvo también su correlato en la cuestión espacial: la historia se corre de la narrativa centrada en Petrogrado y se inserta dentro del marco más extenso del Imperio Ruso. Este corrimiento le permitió distinguir a los investigadores que la Revolución se produjo dentro de un espectro mucho más amplio de descolonización que abarcó a toda Europa Oriental y que no sólo puso fin al poder de los imperios allí reinantes sino que, además, cuestionó el mismo dispositivo de dominación imperial. En ese sentido, la Revolución y la acción de las periferias nacionales anticiparían la oleada descolonizadora que se desplegará con más fuerza luego de la Segunda Guerra Mundial.²⁸

El trabajo que tal vez condensó mejor estas posturas fue el de Joshua Sanborn, **Imperial Apocalypse: The Great War and the Destruction of the Russian Empire**,²⁹ que generó un notable impacto dentro del campo. Su investigación desarrolló dos grandes ideas: por un lado, que la Primera Guerra Mundial no fue una contienda imperialista sino más bien una de descolonización (sobre todo para el caso de Europa Oriental) y, por el otro, que esa guerra no fue un preludio de la Revolución sino que ambas formaron parte de un único proceso. Así, la experiencia del Imperio en la guerra se podía insertar como parte de una historia mucho más larga de guerra y descolonización desarrollada a lo largo del siglo XX.³⁰ En el contexto del conflicto bélico, el Imperio Ruso fue incapaz de movilizar y gobernar a sus periferias y proveer seguridad, potenciando el caos que, sumado a las resistencias y a las patologías sociales desencadenadas por la contienda, ayudaron a desencadenar la revolución. De esta manera, el nuevo Estado que surge es revolucionario y nacional pero también poscolonial, ya que es el proceso de descolonización el que dominaría el entero *continuum* guerra-revolución, al menos en el lado ruso.³¹

El aporte de esta interpretación historiográfica se cuenta en la posibilidad de observar cómo las privaciones y las dislocaciones que sufrieron los sujetos durante su vida cotidiana impactaron de manera significativa en sus opciones políticas. Por otra parte, pensar en términos de guerra de descolonización y no de contienda imperialista permite correr el foco de atención, centrado tradicionalmente en Berlín, París y Londres, hacia Europa del Este, que es, al fin y al cabo, el lugar en donde estalló el conflicto. Por otra parte, y más allá del modelo que propone el autor (una sucesión de cuatro etapas que van del “desafío imperial” a la “construcción del Estado”, pasando por el “fracaso del Estado” y el “desastre social de la descolonización”), la interpretación es válida para dejar de lado los relatos teleológicos de 1917 y para reconocer los diversos factores que intervinieron en la desintegración de la autocracia, incluyendo su costado “no civilizado” que tanta resistencia generó en la población.³² Finalmente, esta visión permite dejar de lado las historias que se centraban en la “crisis de las élites”, al mostrar que son precisamente las clases dominantes locales las que foguearon la escalada descolonizadora.

Es necesario remarcar también que esta interpretación permite visibilizar la notable descentralización del poder que se generó a partir de Octubre y la magnitud de la insubordinación de las masas. En ese sentido, la famosa Orden n° 1 emitida por el Soviet de Petrogrado cobra aquí otro significado, ya que se sanciona para prevenir el caos más que para producirlo. Sucede lo mismo con la crisis de abril y el paulatino ascenso de los bolcheviques, dos cuestiones que serían imposibles de entender sin referencia directa a las vicisitudes de la guerra. Cabe preguntarse aquí, sin embargo, si una categoría como la de descolonización sirve para explicar toda la dinámica revolucionaria, sobre todo teniendo en cuenta la importancia de otros factores vinculados a la acción de los partidos políticos y del desempeño de los distintos grupos sociales.

27 Ver: Peter Holquist, **Making War, Forging Revolution: Russia's Continuum of Crisis**, 1914-1921, Cambridge, Harvard University Press, 2002.

28 Ver, por ejemplo, Eric Lohr, Vera Tolz, Alexander Semyonov, Mark von Hagen (eds.), **The Empire and Nationalism at War**, Bloomington, Slavica Publishers, 2014.

29 Joshua Sanborn, **Imperial Apocalypse: The Great War and the Destruction of the Russian Empire**, Oxford, Oxford University Press, 2014.

30 Sanborn, **Imperial...**, *op. cit.*, p. 4.

31 *Ídem*, p. 7.

32 Ver: Sanborn, **Imperial...**, *op. cit.*, p. 187.

Críticas aparte, el libro de Sanborn es uno de los mayores aportes y es también la expresión más explícita de una tendencia que se viene observando con fuerza en la historiografía. Así, por ejemplo, Peter Holquist,³³ Vera Tolz,³⁴ y W. Sunderland,³⁵ por citar sólo los casos más notorios, han venido explorando esta preferencia por ampliar los límites cronológicos y espaciales y por situar a la Revolución dentro de marcos interpretativos más amplios. Se trata de un giro interpretativo crucial que se hizo sentir en otras cuestiones fundamentales señaladas por los estudiosos de la Revolución, como el problema de la violencia.

> *Nuevos enfoques sobre la violencia: ¿atraso, ideología o efectos de la guerra?*

Desde temprano, la Revolución Rusa fue el ejemplo preferido para discutir la expansión de la violencia política moderna. Las causas se buscaron en las “circunstancias” del caso ruso o en la difusión de la “ideología”. En el primer caso, la violencia se explicaba como consecuencia de una histórica predisposición del “atrasado” pueblo.³⁶ En el segundo, como una secuela directa de la introducción del marxismo.³⁷ Ambas explicaciones se mostraron ineficientes, sin embargo, para dar con una explicación sólida del fenómeno, en tanto y en cuanto descontextualizaban y deshistorizaban a su objeto de estudio.

Las nuevas investigaciones propusieron superar esta visión indagando las verdaderas causas de la violencia en otros ámbitos y explorando sus efectos reales sobre la sociedad. Con ello se aspiraba a insertar el problema dentro de un contexto más amplio, vinculado a la guerra y la situación geopolítica.³⁸ Si la violencia era efectivamente el producto de una interacción entre determinadas circunstancias y una ideología específica, sostenían estos estudios, era preciso estudiar las causas en las cuales se cruzaron para generar a partir de allí a la nueva sociedad soviética.

Peter Holquist fue uno de los primeros en desarrollar este enfoque. Apoyándose en el marco cronológico y espacial establecido por las nuevas investigaciones, el historiador norteamericano explicó el despliegue de la violencia a través de una serie de factores que se condensaban en un tiempo y un espacio nuevos.³⁹ Así, el período de observación se amplía e incluso se estira hasta 1905. El fenómeno adquiere entonces otra explicación: son las convulsiones domésticas de Rusia luego de la Revolución de 1905 las que, al conectar con la crisis general europea de 1914-1924, diseminan la violencia por todo el territorio. El desarrollo de la Primera Guerra Mundial había dado

nacimiento a una serie de prácticas que iban a ser tomadas por todos los contendientes aunque no para los mismos fines: si algunos iban a ver en la violencia el modo de triunfar en la guerra, otros aprovecharían esa liberación de fuerzas como el medio para plasmar sus ideales revolucionarios.

La guerra hace difuso el límite entre la violencia ejercida sobre los militarizados espacios colonizados y el campo civil doméstico en Rusia. Así, cobran un nuevo sentido muchos de los fenómenos observados durante la Revolución. Por ejemplo, algunas de las prácticas que se creyeron propias de los bolcheviques provinieron de la guerra, como por ejemplo, las deportaciones o las medidas sobre el abastecimiento de alimentos, que incluso empezaron a implementarse bajo el gobierno imperial. En ese sentido, fue el Gobierno Provisional el que consolidó el monopolio sobre el grano, no el partido de Lenin. La Revolución proveyó un nuevo marco para prácticas que estaban emergiendo de una guerra total y, de ese modo, la tendencia de emplear técnicas como herramientas para alcanzar la reorganización revolucionaria del sistema político y de la sociedad es anterior a los bolcheviques. Las convulsiones de Rusia post 1905 chocan con las transformaciones de la crisis europea de 1914-1924, generando en Rusia un nuevo “Tiempo de disturbios” que desemboca en la Revolución.⁴⁰

33 Holquist, **Making...**, *op. cit.*

34 Tolz y otros, **The Empire...**, *op. cit.*

35 Willard Sunderland, **The Baron's Cloak: A History of the Russian Empire in War and Revolution**, Ithaca, Cornell University Press, 2014.

36 Orlando Figes, **La Revolución Rusa (1891-1925). La tragedia de un pueblo**, Barcelona, Edhasa, 2006.

37 Pipes, **The Russian**.

38 Ver, por ejemplo, Arno Mayer, **The Furies: Violence and Terror in the French and Russian Revolution**, Princeton, Princeton University Press, 2000.

39 Peter Holquist, “Violent Russia, Deadly Marxism? Russia in the Epoch of Violence, 1905-21”, **Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History**, 4, n°3, 2003, pp. 627-652.

40 Holquist, “Violent”, *op. cit.*, p. 630.

Lo interesante del planteo es observar que la violencia no fue un “invento” de los bolcheviques ni que ellos la ejercieron monopólicamente; tanto los ejércitos blancos como los verdes también emplearon prácticas que anteriormente sólo se atribuyeron a los primeros, como la requisita de granos, el uso de la tortura o la presencia de comisarios políticos.⁴¹ De esta manera, quedaría demostrado que la ideología no es causal directo de la violencia, como tampoco la “herencia” rusa: sus causas son más complejas. El logro de Holquist es ensanchar el panorama para dejar de abordar a la Revolución Rusa de manera aislada y para colocarla dentro del contexto más amplio de la crisis europea, que es de hecho como muchos de los contemporáneos la vieron.⁴² Esta visión de la Revolución y la Guerra Civil Rusa como caso extremo de una más extendida guerra civil europea fue también desarrollada, con matices, por otras investigaciones en las que se destacan los casos de Vladimir Brovkin y Donald Raleigh.⁴³

De estos aportes de desprenden varios efectos de sentido. Uno de ellos es la revisión de la narrativa de la guerra, que solía extenderse sólo hasta 1918, con la firma de los tratados de paz. Con la nueva cronología, la Guerra Civil queda dentro de ese relato y como parte de una misma lógica. Otro efecto es colocar a los blancos, tradicionalmente dejados de lado, dentro del ejercicio de una violencia ideológica como también dejar de presentar visiones romantizadas de los ejércitos verdes, quienes también se hicieron eco de prácticas como las cortes del pueblo o la conscripción obligatoria. La violencia entonces no surge de las aldeas rusas ni de las malignas mentes bolcheviques. Es importada de los frentes de batalla y colocada al servicio de la transformación radical de la realidad. En ese sentido, la violencia de rojos y blancos son dos caras de una misma moneda. Esto nos conecta con un nuevo foco de investigación, el de la multiplicidad de los antagonismos presentes durante la revolución.

> Una sucesión de antagonismos múltiples: ¿quiénes, cuántos y dónde se enfrentaron?

Una dimensión más que significativa dentro las nuevas investigaciones tiene que ver con la descentralización del relato sobre la Revolución y la exposición de múltiples conflictos, que varían de acuerdo a dónde se colocara el foco de la mirada: la capital o las provincias, el campo o la ciudad, Rusia o el resto de las nacionalidades. Si los relatos más convencionales se habían centrado en Petrogrado, la clase obrera y el partido bolchevique, las nuevas investigaciones mostraron que la revolución tuvo múltiples direcciones y experiencias.

En primer lugar, podemos observar la relación establecida entre la capital y las provincias. Los historiadores, por lo general, estudiaron el modo en el cual el modelo de Petrogrado —surgimiento de un doble poder, ascenso de los soviets y apoyo a los bolcheviques— se había replicado de manera directa en el interior.⁴⁴ Sin embargo, hoy es posible sostener que el panorama fue mucho más complejo y que coexistieron una diversidad de experiencias revolucionarias que no siempre fueron una copia fiel de lo que había sucedido en la capital. Como sostiene L. Novikova, “cada provincia e incluso cada distrito tuvieron su propia combinación de factores y, en este sentido, su propia revolución local”.⁴⁵ Los historiadores incluso tienden a evitar la aplicación del modelo del “doble poder” para el interior, ya que fue un fenómeno sólo observable con nitidez en Petrogrado.⁴⁶

En las provincias la situación fue bastante diferente y son varias las experiencias allí observadas: colaboración entre soviets y dumas, soviets con distintos grados de influencia, articulación entre dumas y zemtvos locales, coaliciones de varios partidos, bolcheviques locales que armaban agendas propias más allá de las directivas del centro, soviets que variaban de acuerdo a su composición (como el Soviet de desempleados de Odesa, que tuvo una importancia significativa y desafió a su par de obreros de la ciudad) o soviets que incluso manejaban sus asuntos más allá de lo decidido a nivel nacional.⁴⁷ En todos estos casos, se observa que las condiciones particulares de

41 Kotkin, 1991..., *op. cit.*, p. 399.

42 Lenin, por ejemplo, no era para nada un pacifista y consideraba que “la guerra imperialista debe transformarse en guerra civil”. Ver: Holquist, “Violent...”, *op. cit.*, p. 637.

43 Vladimir Brovkin, **Behind the Front Lines of the Civil War: Political Parties and Social Movements in Russia, 1918-1922**, Princeton, Princeton University Press, 1994; Donald Raleigh, **Experiencing Russia's Civil War: Politics, Society, and Revolutionary Culture in Saratov, 1918-1922**, Princeton, Princeton University Press, 2002.

44 Tanto en los estudios soviéticos como en los de las dos escuelas occidentales.

45 Liudmila Novikova, “The Russian Revolution from a Provincial Perspective”, **Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History**, 16, N° 4, 2015, p. 770.

46 Ver, por ejemplo, el citado trabajo de Raleigh, **Experiencing Russia's Civil War**.

47 Ver, por ejemplo, Sarah Badcock, **Politics and the People in Revolutionary Russia: A Provincial History**, Cambridge, Cambridge University Press, 2007; Tanja Pentter, “The Unemployed Movement in Odessa in 1917: The Social and National Revolution be

cada región impactaron en el modo en el cual el poder político se reconfiguró, más allá de lo que podía verse en Petrogrado. No debemos olvidar aquí la importancia de la ubicación de las guarniciones militares: aquellas ciudades que contaban con una de ellas, estaban prácticamente a su merced.⁴⁸

En segundo lugar, podemos tener en cuenta lo sucedido con las rebeliones campesinas, donde habitualmente los relatos construían un patrón en el que los campesinos se oponían a un nuevo poder que no siempre los tenía en cuenta. Más allá de las formas de acción directa llevadas a cabo contra la requisita de granos realizada por los bolcheviques, las revueltas en el campo tuvieron más que ver con las condiciones locales y con otros factores que no siempre coincidían a nivel nacional, como los grados de desertión durante la Guerra Civil, la disponibilidad de armas en las aldeas y el surgimiento de líderes carismáticos, como sucedió en la famosa rebelión de Alexander Antonov en Tambov.⁴⁹ Así, las revueltas se producían en función de su entorno más inmediato y el contexto regional ayuda a entender mejor el patrón de colaboración/resistencia campesina como también las dinámicas políticas y sociales de la Guerra Civil.⁵⁰

En tercer lugar, debemos tener en cuenta la revolución en las periferias del Imperio, donde las identidades nacionales y sociales se articularon para producir la revolución. La fusión de argumentos étnicos con una agenda social no siempre dio los resultados esperados y varió de acuerdo a las condiciones de cada una de los territorios. También cambió el espectro: ahora se incluían dentro de un contexto internacional.⁵¹ Así, factores tales como la ubicación geográfica, la posibilidad de acceder a fuerzas externas, las divisiones políticas, religiosas y étnicas jugaron un rol fundamental a la hora de pensar los conflictos.

Finalmente, debemos observar la dinámica de la Guerra Civil y las formas de movilización de los recursos, que varió de acuerdo a las regiones y los posicionamientos laborales de los obreros, quienes no siempre se aliaron a los bolcheviques, además de tener en cuenta la movilización de otros grupos sociales más allá de los trabajadores. El entusiasmo y la participación en el Ejército Rojo variaban de acuerdo a las condiciones económicas, lo cual también podía suponer la inclusión en el Ejército Blanco. Por lo general, quienes se alistaban eran los más pobres y los que necesitaban sobrevivir y no morir de hambre, ya que el servicio militar solía garantizar ciertas condiciones de supervivencia (lo cual incluso hacía que muchos cambiaran de bando permanentemente). También se registra el surgimiento de grupos paramilitares, como los formados por *frontoviki*, es decir, ex combatientes que volvían del frente.⁵² Muchos de ellos podían juntar fuerzas y combatir a los bolcheviques en búsqueda de cambios, juntarse simplemente para defender a las aldeas de saqueos o colocarse al servicio de los diferentes bandos de la Guerra Civil.

Todas estas cuestiones señaladas hacen que se reconfiguren los conceptos y que incluso pueda hablarse de “guerras civiles”, en el sentido de que los frentes abiertos fueron varios y no siempre unidireccionales.⁵³ Más aún si se trataba de un frente que no necesariamente tenía que ver con la lucha armada, como podía ser el frente “cultural”.

> *Arte y cultura en tiempos tumultuosos: ¿qué es una revolución cultural?*

El campo de la cultura fue el elegido por gran parte de los historiadores para orientar sus investigaciones, con lo cual aquí los aportes tal vez sean mayores. Los avances fueron en varias direcciones y, desde ese lugar, permitieron construir una nueva imagen sobre la Revolución y sus alcances.

tween Petrograd and Kiev”, en Sarah Badcock, Liudmila Novikova, Aaron Retish, **Russia Home Front in War and Revolution, vol. 1 Russia's Revolution in Regional Perspective**, Bloomington, Slavica Publishers, 2015.

48 Novikova, “The Russian...”, *op. cit.*, p. 773.

49 Ver: Eric Landis, **Bandits and Partisans: The Antonov Movement in the Russian Civil War**, Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 2008.

50 Novikova, “The Russian...”, *op. cit.*, p. 778.

51 Ver, por ejemplo, John Paul Himka, “The National and the Social in the Ukrainian Revolution of 1917-20: The Historiographical Agenda”, **Archiv für Sozialgeschichte**, n° 34, 1994, pp. 95-110.

52 Ver: William Rosenberg, “Paramilitary Violence in Russia's Civil Wars, 1918-1920”, en Robert Gerwarth y John Horne (eds.), **War in Peace: Paramilitary Violence in Europe after the Great War**, Oxford, Oxford University Press, 2013, pp. 21-39.

53 Ver: Holquist, “Violent...”, *op. cit.*, pp. 643-650.

Un cambio significativo se observó en una dimensión sensible, el de la propaganda política, en donde los bolcheviques habían sido analizados como los maestros en la materia. Sin embargo, las investigaciones demostraron que su utilización no fue muy diferente a la observada en los países centrales del mundo. Más aún, los bolcheviques utilizaron técnicas que podían parecer bastante sencillas comparadas con las utilizadas en EEUU y Europa durante la posguerra.⁵⁴ En ese sentido, el culto a la personalidad de Lenin, por ejemplo, no estuvo lejos de otros, como el que pudo observarse luego con Ronald Reagan.⁵⁵ Este cambio de enfoque puede aplicarse también para la cuestión de la censura, que no sólo funcionaba de modo preventivo sino que también podía hacerlo de manera constitutiva, en el sentido de diseminar información y ayudar a crear un nuevo lenguaje.⁵⁶ En ese sentido se destaca el desempeño y la colaboración del clero, por ejemplo, ya que su habilidad para expresarse en público y su formación cultural le permitía intervenir como agente de propaganda, aunque no sin falta de tensión.⁵⁷

Un aporte significativo lo introdujo Katerina Clark con su libro *Petersburg: Crucible of Cultural Revolution*.⁵⁸ Centrándose en el lugar que San Petersburgo ocupó dentro de la cultura rusa, la autora se corre de 1917 como momento fundacional y se remonta casi una década atrás para ver el rol desempeñado por la cultura letrada y, especialmente, por la acción de las vanguardias y de los *intelligenty* en la generación de un clima revolucionario. La búsqueda de un utopismo estético, la idea de purificación y el rechazo del mercado fue lo que fogueó el clima, creando así el “ecosistema” de la Revolución. Es significativo el abordaje que la autora realiza de la vanguardia artística, a la que caracteriza como la encarnación de un “milenario perceptual” y que fue lo que permitió que los artistas conectaran con el proceso revolucionario más allá de sus intereses particulares o su adhesión al socialismo.⁵⁹

El trabajo de Clark es sólo un ejemplo notable de las nuevas investigaciones en ese sentido. Aquí se destacan otros trabajos como el de Lynn Mally,⁶⁰ para el estudio de la formación de una cultura proletaria durante la década de 1920, el de James van Gelder,⁶¹ para el estudio del rol jugado por los festivales y las conmemoraciones en la creación de una nueva identidad revolucionaria y los textos de Catriona Kelly y David Shepherd, fundamentales para abrir nuevas perspectivas y temáticas, como el consumo, las identidades y el género.⁶²

El cambio más significativo haya sido tal vez una reconsideración de lo que se entendía por “revolución cultural”, concepto fundamental para comprender la cuestiones estéticas durante el periodo revolucionario. La idea había sido establecida y desarrollada a fines de la década de 1970 por Sheila Fitzpatrick, quien identificaba a la revolución cultural con un período determinado (1928-1931) que coincidía con el lanzamiento del Primer Plan Quinquenal y con una serie de acciones puntuales como la purga de la *intelligentsia* burguesa, las acciones iconoclastas y el desarrollo de una guerra de clases. De esta manera, el concepto quedaba establecido y atado a ese significado particular.

Michael David-Fox revisó este paradigma y buscó ampliar sus alcances, tanto empíricamente como conceptualmente.⁶³ En ese sentido, analizó los complejos vínculos establecidos entre una revolución cultural “interna” (que modeló a la vanguardia y al individuo revolucionarios) y una revolución cultural “externa” (que civilizó y soviétizó a las masas atrasadas). De este modo amplió el marco cronológico y los fenómenos involucrados: ahora es posible hablar de una revolución cultural que se desarrolló con anterioridad a lo que sostenía el viejo paradigma. En su trabajo, el historiador perseguía dos objetivos: por un lado, hacer una historia conceptual de la revolución cultural; por el otro, examinarla como parte de una interpretación mayor del proyecto que los bolcheviques tenían respecto de la cultura.

Así, la revolución tuvo una dimensión cultural significativa y fue implementada durante el desarrollo de un “frente

54 Ver: Peter Kenez, **The Birth of the Propaganda State: Soviet Methods of Mass Mobilization**, Cambridge, Cambridge University Press, 1985.

55 Kotkin, **1991...**, *op. cit.*, p. 402.

56 Ver: Peter Holquist, “‘Information is the Alpha and Omega of Our Work’: Bolshevik Surveillance in Its Pan-European Context”, **Journal of Modern History**, n° 69, 1997, pp. 415-450.

57 Daniel Peris, “Commissars in Red Cassock: former Priests in the League of the Militant Godless”, **Slavic Review**, 54, n° 2, pp. 640-663.

58 Katerina Clark, **Petersburg: Crucible of Cultural Revolution**, Cambridge, Harvard University Press, 1995.

59 Clark, **Petersburg...**, *op. cit.*, p. 37.

60 Lynn Mally, **Culture of the Future: The Proletkult Movement in Revolutionary Russia**, Berkeley, University of California Press, 1990.

61 James Van Gelder, **Bolshevik Festivals, 1917-1920**, Berkeley, University of California Press, 1993.

62 Kelly Catriona y David Shepherd, **Russian Cultural Studies: An Introduction**, Oxford, Oxford University Press, 1998; Kelly Catriona y David Shepherd, **Constructing Russian Culture in the Age of Revolution, 1881-1940**, Oxford, Oxford University Press, 1998.

63 Michael David-Fox “What is a Cultural Revolution?”, **Russian Review**, 58, n° 2, 1999, 181-201.

cultural" soviético, que se sumaba a los frentes abiertos en la guerra y la economía. La tesis de David-Fox es que si bien la revolución de 1905 y su derrota mostraron la necesidad de una dimensión cultural de la revolución (expresado en las acciones de Vpered, por ejemplo) el concepto recién aparece con pretensiones serias luego de 1917. Ante el avance de la *Proletkult'* y sus misiones proletarias, Lenin desarrolla su proyecto "positivo" de diseminar en las masas los elementos civilizatorios e ilustrados. El concepto se redefine a mediados de los 1920 cuando aparecen elementos del programa "negativo": la revolución cultural se define en términos de "guerra de clases", aunque convive también con el programa civilizatorio.

En ese sentido, es posible distinguir dos modos en los cuales se desplegó la revolución cultural: por un lado, positivo, por el otro, negativo. El primer caso, hace referencia a un programa de ilustración y civilización; el segundo, a una agenda militante antiburguesa y antiespecialista. De esta manera, se puede sostener que se trató de una operación en la cual no sólo la sociedad sino también la cultura en sí misma se convirtieron en sujetos de una reconstrucción activa. La revolución cultural deviene así en una variante soviética y revolucionaria del programa cultural de la modernidad y esto nos lleva a la última de las cuestiones que queremos abordar aquí.

> *La revolución como puerta de la modernidad: ¿un espacio trasnacional?*

Este enfoque sea tal vez el más novedoso, el menos explorado y el de más largo alcance de los reseñados hasta aquí. Sirve, además, para cerrar el círculo abierto en la primera sección, ya que conecta a la Revolución Rusa (y a la URSS) con el resto del mundo de un modo original y fructífero.

Sin dejar de lado las cuestiones anteriormente analizadas, la Revolución Rusa puede ser entendida también como una puerta de entrada hacia la modernidad y, a la Unión Soviética, como una variante de la misma.⁶⁴ De hecho, es un debate actual en el campo, que no ha sido analizado en profundidad, entre los llamados "modernistas", es decir, aquellos que ven a la Revolución y a la Unión Soviética como una modernidad alternativa a la occidental,⁶⁵ y los "neo-traditionalistas", es decir, aquellos que ven a la Unión Soviética como una modernidad en la que se reactualizan aspectos arcaicos.⁶⁶ Los primeros toman en cuenta fenómenos tales como la planificación, medidas de bienestar social, cientificismo y las "disciplinas" del yo; los segundos, cuestiones como redes clientelares, corrupción, mistificación del poder y políticas de "corte" en el Kremlin, entre otros.⁶⁷

Las investigaciones que abordaron la Revolución desde una perspectiva que pondera la modernidad como clave para entender la experiencia de la URSS se destacan por una gran discrepancia respecto del alcance del concepto. Así, por ejemplo, Yanni Kotsonis entiende a la modernidad como una "internalización de la autoridad"⁶⁸ mientras que David Hoffmann la asocia al *ethos* de la Ilustración de una intervención social progresista.⁶⁹ Para Peter Holquist, sin embargo, tiene que ver con las prácticas específicas y las herramientas de ingeniería social y políticas desarrolladas durante 1914-1921.⁷⁰ Stephen Kotkin, por su parte, ve en la producción masiva, la cultura y la política de masas, desarrolladas durante la coyuntura de entreguerras, la clave para entender la modernidad.⁷¹ A pesar de estas diferencias, se pueden observar ciertas tendencias comunes, vinculadas a las agendas y los procesos transformacionales que incluyeron una particular intervención estatal y el desarrollo de los programas de la elite.

Quien ha llamado la atención sobre la división conceptual es nuevamente Michael David-Fox. Este autor sostiene que ambas posiciones siguen sin desarrollar sus conceptos con rigurosidad y que, en ese sentido, "modernidad" termina siendo un término impreciso y, muchas veces, abstracto y teleológico.⁷² Un intento por discutir este pa-

64 Kotkin, 1991..., *op. cit.*, p. 425.

65 Entre otros, se destacan historiadores como Stephen Kotkin, Peter Holquist y David Hoffman.

66 Inspirados por los trabajos de Sheila Fitzpatrick, se destacan aquí historiadores como Matthew Leone y Terry Martin.

67 Fitzpatrick, *Stalinism...*, *op. cit.*, p. 11.

68 Kotsonis, Yanni, "Introduction: A Modern Paradox: Subject and citizen in Nineteenth- and Twentieth-Century Russia", en Hoffman, David y Kotsonis, Yanni, *Russian Modernity*, Nueva York, St. Martin's Press, 2000, pp. 1-18

69 David Hoffman, "European Modernity and Soviet Socialism", en Hoffman y Kotsonis, *Russian*, pp. 245-260.

70 Holquist, "Information..." *op. cit.*

71 Stephen Kotkin, "Modern Times: The Soviet Union and the Interwar Conjuncture", *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History*, 2, n° 1, 2001, pp. 111-164.

72 Michael, David-Fox "Multiple Modernities vs. Neo-Traditionalism: On Recent Debates in Russian and Soviet History", *Jahrbücher für Geschichte Osteuropas*, 55, n° 4, 2006, pp. 535-555.

radigma provino desde la pluma de S. Eisenstadt y su idea de “modernidades múltiples”, en la que modernidad y occidentalización no resultan necesariamente idénticas.⁷³ A pesar de su potencial deriva conceptual, no ha captado la atención de los jóvenes investigadores sobre Rusia, dado que estos ya venían explorando alternativas conceptuales al abordar la cuestión de la modernidad en la URSS. Es por ello que David-Fox propone para el caso ruso el concepto de “modernidades enredadas”, en tanto y cuanto permite continuar con la internacionalización de los estudios rusos y dar cuenta no sólo de los paralelos o discontinuidades respecto de la modernidad occidental sino más bien de las mutuas apreciaciones e interacciones producidas a través de las fronteras.

Esto nos lleva a la reconsideración del tiempo y el espacio global de la Revolución y a cambiar el enfoque de la mirada, en el sentido de colocar a aquella dentro de un nuevo espacio transnacional. Nuevamente Michael David-Fox propone recurrir a los aportes que la perspectiva de la Historia transnacional nos permita concentrarnos en los rasgos de la historia rusa/soviética que trascienden los fenómenos internos o domésticos y que nos permita explorar los vínculos específicos o las conexiones con otros países y campos. Uno de ellos es precisamente el de las apropiaciones dentro del sistema internacional de la modernidad, lo cual ayudaría a superar la discusión estéril de si la URSS era moderna por derecho propio o si sólo se limitó a incorporar, adaptar o rechazar elementos modernos.⁷⁴

Desde un enfoque de este tipo, la historia de la Revolución dejaría de centrarse en explicaciones domésticas y ampliaría su rango de un modo exponencial. El propio espacio de la Revolución se transformaría para empezar a pensarse no a través de las rígidas fronteras de los estados nacionales (algo que, por otra parte, Rusia nunca fue) sino a partir del nuevo lugar en donde los fenómenos anteriormente enunciados se conectan, se potencian y se transforman. El estudio de la Revolución así adquiere una dimensión más amplia y se proyecta de un modo global sobre toda la historia del siglo XX.

Consideraciones finales: ¿cómo narrar hoy la historia de la Revolución?

El breve recorrido que hemos trazado invita al lector a reflexionar sobre los límites en el modo de entender la Revolución Rusa desde la perspectiva histórica y política que planteó la izquierda tradicional durante el siglo XX. Los relatos centrados en el Partido bolchevique, las figuras de Lenin y Trotsky y el desempeño de la clase obrera, por ejemplo, han servido más para autolegitimar las posiciones políticas que nuestro entendimiento de un suceso clave. Notablemente golpeada por la caída de la URSS, los relatos de esta izquierda pierden impacto y capacidad de análisis al incluir las fuentes dentro de esquemas teóricos que no dan cuenta de la complejidad. El relato de la revolución, a pesar de su proclamado objetivo, sirve más para oscurecer que para iluminar tanto el actual conocimiento histórico como las futuras prácticas emancipatorias.

Tampoco parecen ser hoy una opción la adscripción directa a los modos en los cuales solían narrar la Revolución tanto la Escuela del Totalitarismo como el revisionismo. Ambas corrientes han quedado un tanto desacreditadas luego del fin de la URSS y gran parte de su arsenal teórico parece haber quedado un tanto desactualizado. Los vicios ideológicos de la soviología clásica poco tienen para aportar al debate actual (aunque quieran resurgir sigilosamente disfrazados) y el revisionismo no ha sabido adecuarse con soltura a los nuevos enfoques teóricos. Sin embargo, los aportes aquí reseñados tampoco parecen ser una solución definitiva, ya que si bien muestran muchas claves en términos empíricos y teóricos, también han dejado de lado la construcción de un relato coherente y articulado. En muchos de ellos también se percibe la idea de una continuidad entre la Rusia prerrevolucionaria y la actual, sólo interrumpida por el experimento que inauguró 1917, y una reactualización de los prejuicios liberales.

¿Cómo narrar hoy la Revolución? De todo lo expuesto quisiéramos mencionar aquí dos grandes cuestiones que sin dudas mejorarían nuestro acercamiento a la historia de la Revolución Rusa y a su proyección sobre nuestro presente. En primer lugar, el rescate de lo multidimensional. Los nuevos estudios han demostrado que para narrar una historia de la Revolución debemos alejarnos de los relatos limitados, parciales y unidimensionales. No sólo en cuanto al sujeto de la revolución, sino también respecto de variables como el espacio, el tiempo, los modos en los cuales se estructuró el poder, las relaciones entre capital e interior y los distintos conflictos que se desarrollaron entre 1914 y 1922. Sólo así podremos contar un relato que dé cuenta de la dimensión global de la Revolución, sus efectos sobre

73 Eisenstadt, Shmuel, “Multiple Modernities”, *Daedalus*, 129, n° 1, 2000, pp. 1-29.

74 David-Fox, Michael, “The Implications of Transnationalism”, *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History*, 12, n° 4, 2011, pp. 885-904.

los sujetos, las prácticas alternativas en términos políticos y sociales y sus potencialidades como transformación radical de la sociedad que hicieron que se convirtiera en el faro de varias generaciones de revolucionarios.

En segundo lugar, no es menor el aporte que han realizado los estudios culturales y aquellos basados en la perspectiva transnacional. Sus análisis y descubrimientos nos llevan a revisar el espacio, el tiempo y los alcances de la Revolución en términos holísticos. Si durante décadas los estudios se focalizaron en la política y la dinámica social de Rusia, los nuevos estudios nos permiten ver la importancia de la cultura y los flujos de ideas, símbolos y prácticas para la transformación radical de la realidad. En ese sentido, la Revolución fue un movimiento mucho más que social y político. El actual contexto globalizador en el cual lo cultural juega un rol fundamental en términos de espacio en donde se juega la dominación y la lucha es un indicador del lugar que estos mismos aspectos pudieron haber tenido en el pasado. De este modo, cualquier historia de la Revolución debería otorgarle un lugar destacado, sobre todo en un espacio como Rusia donde las prácticas culturales y artísticas desempeñaron un rol fundamental en las décadas previas y durante la Revolución.

Para finalizar, quisiera proponer una aclaración metodológica. Más allá de que una de las premisas fundamentales de la historia es recordar el pasado, creemos que también es necesario incorporar la producción de un “olvido activo”. Un objeto de estudio como la Revolución Rusa tiene una carga simbólica importante para todos aquellos que aspiramos a construir un futuro distinto al actual. Es ello, entre otras cosas, lo que nos invita a desarrollar una filiación con esos ancestros y no con otros. Pero esto no debe ser una veneración acrítica, ya que así el pasado no sería tanto una fuente de inspiración y de sentido para la acción del presente sino una carga. Como sabía el propio Marx, recordar las gestas del pasado puede ser tan importante como “desprenderse alegremente de ellas”, en el sentido de no repetir ese pasado sino construir un nuevo futuro.⁷⁵ Es por ello que es fundamental realizar una elección del legado y dejar de lado aquello que pueda significar un obstáculo para las prácticas concretas. Ya que no es posible rescatar todo del pasado, hay que producir un olvido activo pero diferente del que generaron las clases dominantes. Lo que se propone es plantear un debate abierto, y no una simple omisión, para que podamos seguir avanzando en el camino de la transformación radical de la sociedad.

Gran parte de las condiciones de opresión e injusticia que llevaron a los hombres y mujeres a rebelarse en 1917 siguen estando presentes hoy, a través de la presencia global del mercado y del Estado. Revisar la experiencia de la Revolución Rusa, estudiar sus ideas, prácticas y efectos reales nos facilitará la reconstrucción de una narrativa a cien años de su inicio que no sólo nos ayude a comprender mejor ese pasado sino que también, y acaso esto sea lo más importante, nos permita echar luz sobre nuestro viciado presente para así poder proyectar reflexiones y acciones para un futuro radicalmente diferente.

75 Ver: Alejandra Oberti y Roberto Pittaluga **Memorias en montaje. Escrituras de la militancia y pensamientos sobre la historia**, Buenos Aires, El cielo por asalto, 2006, pp. 172-180.

Resumen

Los estudios sobre la Revolución Rusa estuvieron fuertemente dominados por los contextos de producción en los cuales se inscribieron, como la Guerra Fría o la desestalinización. La disolución de la URSS en 1991 supuso un quiebre notable en ese sentido, ya que se observaron cambios en las perspectivas teóricas, un mejoramiento en el acceso a las fuentes y nuevos marcos políticos. A casi cien años de la Revolución, este artículo repasa las principales transformaciones en la historiografía en las dos últimas décadas: las temáticas que prevalecen, los nuevos aportes y las narrativas emergentes. De esta manera, cuando las condiciones actuales de vida siguen siendo en varios sentidos las mismas que animaron a los protagonistas de 1917, se busca aportar elementos para narrar hoy una historia de la Revolución que ayude a comprender mejor tanto ese pasado como nuestro presente.

Palabras claves

Revolución rusa; Centenario; Historiografía.

Abstract

Studies about Russian Revolution were strongly dominated by the contexts in which they were enrolled, as the Cold War or the de-Stalinization. The dissolution of the USSR in 1991 was a significant break in that sense and some changes were observed: in the theoretical perspectives, in the improved access to sources and in the new political frameworks. As we are reaching the Centenary of Revolution, this article reviews the main changes in historiography observed during the last twenty years: the themes that prevail, the new contributions and the emerging narratives. Thus, when the current living conditions remain in many ways the same as they encouraged the protagonists of 1917, it seeks to provide some elements to narrate a history of the Revolution that gives us a better understanding of the past as well of our present.

Keywords

Russian Revolution; Centenary; Historiography.

Del libro impreso al documento digital. Fin de un ciclo histórico para la edición contemporánea

Jean-Yves Mollier*

Fue en mayo del 2000, durante el 26° Congreso de la Unión Internacional de Editores en Buenos Aires, cuando Dick Brass, vicepresidente de Microsoft, anunció la desaparición del último diario y del último libro impresos sobre papel para el 2018. En ese momento reinó un silencio de muerte entre los setecientos profesionales presentes repentinamente consternados. Una persona ajena al medio profesional venía a romper el encanto y a proclamar la muerte del codex en estas reuniones donde, hace más de un siglo, los editores de todo el mundo intentan celebrar el inexorable crecimiento del libro y, en general, el de la economía editorial.

El cuaderno, que se componía de algunos folios, apareció en Occidente en el siglo I o II después de Cristo adoptándose inmediatamente como el mejor formato para leer textos largos, hasta que conoció su evolución decisiva cuando Gutenberg y compañía pusieron a punto la imprenta de tipos metálicos móviles alrededor de 1455, en Maguncia. La imprenta, base de la revolución de la comunicación¹ y pilar fundamental para el desarrollo de las lenguas vernáculas que remplazaron de a poco al latín, se desarrolló de manera excepcional a principios del siglo XVI, extendiéndose por el mundo a la velocidad de los barcos de vela o de las mulas que la transportaban. La Iglesia católica se preocupó realmente ya que la reconocía como la causa esencial del progreso de la Reforma protestante. Además, no podía tolerar el adagio humanista del Renacimiento: *Ut librisintliberi* (allí donde hay libros los hombres son libres), que ponía de manifiesto las consecuencias de una revolución con prácticas culturales. Y todavía no había visto el surgimiento de la ilustración y su símbolo, la **Enciclopedia** de Diderot y d'Alembert que cruzará el océano Atlántico proponiéndole al mundo entero un nuevo culto, el de la Razón, juez supremo de todas las cosas, incluso de la teología.

Precisamente, por el éxito extraordinario que tuvo la colección de libros —24 000 series en todo tipo de formatos comercializadas entre 1750 y 1980, escribirá Robert Darnton—² nació la edición, fruto de una nueva evolución en el seno de los oficios del libro. Como se había vuelto imposible e impensable continuar trabajando como lo hacían los libreros de antaño, Charles-Joseph Panckoucke, el segundo editor de la **Enciclopedia**, con el objetivo de buscar nuevos compradores, substituyó la lógica de la oferta por la de la demanda, sistematizó la publicidad, descentralizó la impresión de volúmenes, transformándose en algunos años en el “ministro extraoficial de Información” de su país.³ Como había comprado todos los diarios disponibles en el mercado, era a la vez el hombre más temido y el más buscado del reino de Francia, un editor *avant la lettre* o el arquetipo de los británicos Longman, Macmillan, Routledge y Smith, los alemanes Brockhaus y Reclam y los franceses Louis Hachette, Jules Hetzel y Pierre Larousse.⁴ El siglo XIX vio surgir, un poco por todas partes, a estos editores *self-made men* en sintonía con su época, sin demasiados escrúpulos, verdaderos aventureros del libro y del diario, en definitiva, emprendedores de la imprenta. El siglo XIX, considerado con justeza como “el siglo de los editores”, contribuyó a

* Centre d'Histoire Culturelle des Sociétés Contemporaines / Université de Versailles Saint-Quentin-en-Yvelines.

1 Elizabeth E. Eisenstein, **The Printing Revolution in Early Modern Europe**, Cambridge (Mas.), Cambridge University Press, 1983.

2 Robert Darnton, **The business of Enlightenment. A Publishing History of the Encyclopédie. 1775-1800**, Cambridge (Mas.), The Belknap Press and Harvard University Press, 1987.

3 Suzanne Tucoo-Chala, **Charles-Joseph Panckoucke et la librairie française. 1736-1798**, Pau, Mairimpoueyjeune/Paris, Jean Touzot, 1977.

4 J.Y. Mollier y Marie-Françoise Cachin, “A Continent of Texts : Europe 1800-1890”, **A Companion to The History of the Book**, ed. de S. Eliot and J. Rose, London and New York, Blackwell Publishing, 2007, p. 303-314.

levantar poderosas dinastías, montando un imperio en un campo preciso —un “nicho” dirían los economistas—: el escolar que fue primer mercado prometedor, el jurídico, la medicina, la vulgarización y naturalmente, la ficción o *novel*. El triunfo de la novela permitió a los autores franceses y británicos —Alexandre Dumas, Charles Dickens, Victor Hugo y Jules Verne en primer lugar— universalizarse y estimular a millones de hombres y mujeres a leer las aventuras más o menos melodramáticas que habían imaginado.⁵

En el siglo siguiente, el XX, desaparecieron los grandes linajes de editores en beneficio de las empresas de edición, sociedades anónimas que manipulaban millones de francos, libras o dólares. Entre los años 1980-2000, los gigantes de la comunicación se enfrentaron para quedarse con el mercado editorial en las lenguas más rentables, inglés, español, francés, alemán y portugués. La batalla se desató entre Pearson, líder mundial de origen británico, Bertelsmann, de origen alemán y reciente dueño de la norteamericana Random House, Hachette, número uno en Francia, Gran Bretaña y Australia, y Reed Elsevier, Wolters Kluwer y Thomson Reuters. En mayo del 2000, cuando el patrón de Microsoft tomó la palabra en Buenos Aires, todavía estábamos muy lejos de temerle al poder de GAFAM (Google, Amazon, Facebook y Apple) o de GAFAM (si agregamos Microsoft), estos cuatro o cinco caballeros del Apocalipsis moderno de los cuales algunos todavía no habían nacido.⁶ De hecho, en los pasillos del 26° Congreso de la Unión Internacional de Editores se hablaba de la *performance* de AOL Time Warner, grupo constituido en 1998 y disuelto en 2006, o de los riesgos que corrían los editores frente a la amenaza de las todopoderosas cadenas de librerías, Barnes and Noble o Borders.⁷ Por lo tanto, nadie imaginaba las perturbaciones que el libro electrónico de manera tímida en 2000-2002, las *tablets* y los *smartphones* a partir de 2006-2007, engendraban en el estable universo de la edición que se había logrado mantener durante casi dos siglos.⁸

Puesto que la edición nació en Europa entre 1770 y 1830 y que no existe ejemplo de ningún *artefacto* humano que perdure más de cierto tiempo, es legítimo preguntarse si la edición no está quedándose sin aliento, amenazada por el surgimiento de un *Alien* un poco más preocupante del que imaginó Stanley Kubrick en **2001, Odisea en el espacio**. Es cierto que las Casandras que anuncian cada tanto la muerte del libro o la desaparición de la lectura siempre se han equivocado, porque lo confunden con el formato que no es más que un simple vehículo. Pero más allá de esto, el peso que adquirieron Amazon en la distribución del libro, Google con la posesión de una biblioteca digital inmensa o incluso Facebook con la promoción de *bestsellers*, amerita que nos interroguemos sobre el futuro de la edición tal como la conocemos. La pulseada entre Amazon y Hachette Book Group, que tuvo lugar en Estados Unidos en 2014, por la renegociación del contrato que los vinculaba para difundir volúmenes en papel y documentos digitales del grupo Hachette, demostró la gran capacidad de perjuicio que tiene un gigante (Amazon) con 90 mil millones de dólares de ganancias en 2015, frente a un enano (Hachette) cuyos 2 mil millones de dólares de ganancias que de repente parecen ridículos para poder resistir a un Gulliver listo a devorarse todo y asentar su dominio en el “*e-commerce*”.⁹ Ya lo hemos visto, en quince años los principales problemas en materia de evolución de la edición se renovaron completamente. La financiarización de este universo ya no es lo que problematiza a los espíritus, ni las fusiones y absorciones que alimentan las crónicas periodísticas, como ocurrió cuando se vendió Vivendi Universal Publishing a Hachette Livre o el Grupo Planeta se quedó con Editis, Rizzoli Corriere della Sera con Flammarion y Bertelsmann con Random House. En 2014-2015 un libro autoeditado en internet, **Fifty Shades of Grey**, obtuvo éxito mundial luego de haberle llamado la atención a un club de internautas y se imprimiera en papel por un editor tradicional que generó el *buzz*. Lo que anuncia, tal vez a tiempo, la desaparición de una forma de mediación entre el autor y los lectores: la edición, tal como la hemos visto vivir y crecer durante casi doscientos años.

5 Peter Brooks, **L’imagination mélodramatique** [1976], reed. París, Classiques Garnier, 2011.

6 J.Y. Mollier, **Une autre histoire de l’édition française**, París, La fabrique éditions, 2015.

7 J.Y. Mollier, **Édition, presse et pouvoir en France au XXe siècle**, París, Fayard, 2008.

8 Frédéric Martel, **Smart. Enquête sur les Internets**, París, Stock, 2014.

9 J.Y. Mollier, **Hachette, le géant aux ailes brisées**, París, Editions de L’Atelier, 2015.

La revolución de la imprenta

Hoy lo sabemos mejor que cuando se publicó el libro de Elisabeth Eisenstein en 1983, la aparición de la imprenta en Occidente provocó una revolución, por más que por un largo tiempo se siguió usando el manuscrito, principalmente, en Oriente ya que los calígrafos, encargados de cuidar la difusión del **Corán**, hicieron lo imposible por impedir o retrasar la instalación de la misma.¹⁰ En otros lugares, los *scriptorias* instalados en las abadías tuvieron que adaptarse y muchas órdenes religiosas aceptaron con entusiasmo las prensas de madera, fáciles para transportar a Asia, donde los jesuitas las utilizaban, o más tarde a África, donde los Padres Blancos las pusieron al servicio de las misiones de evangelización. Las millones de **Biblias** o de fragmentos del libro sagrado diseminados en el universo por las incontables misiones católicas, calvinistas, luteranas, presbiterianas, metodistas o anglicanas durante el siglo XIX, son la prueba de la capacidad de las Iglesias cristianas para transformar un instrumento creado por el demonio —primer análisis de la Santa Sede— en una herramienta puesta al servicio de su visión de mundo.¹¹ Del mismo modo, el Islam retomó desde fines del siglo XX su carrera misionaria multiplicando la impresión del **Corán** destinado al mundo entero. Del lado de los libres pensadores, ya lo hemos dicho, no se advirtieron los mismos miedos y se celebró sin reservas el invento de Gutenberg, reproduciéndose a escala industrial la **Enciclopedia**, las obras de Voltaire y Rousseau, **El manifiesto del partido comunista**, de Marx y Engels o “el pequeño libro rojo” de Mao Zedong, con el objetivo de llegar a los públicos más diversos.¹²

Más allá del libro propiamente dicho que fue el que mejor se conservó en las grandes bibliotecas públicas o privadas, otros impresos como las *ephemera*, principalmente, la literatura de cordel, los *folhetim* y otros pliegos sueltos, las canciones, las caricaturas reproducidas con litografías groseras, las imágenes más diversas religiosas o profanas, se desparramaron por el planeta, inundándolo con un río de papel que nada parecía poder detener. Las canciones y otros impresos pequeños, despreciados completamente por los bibliotecarios y destinados, como ya se decía en la víspera de la Revolución francesa, a “terminar sobre el mostrador del carnicero”, recibieron los favores del pueblo dando cuenta, a su manera, del carácter revolucionario del invento de Gutenberg. De repente, la humanidad pasó de un universo donde la lectura era exclusiva de algunos segmentos acomodados del pueblo, a otro donde leer se aprende en la escuela, casi siempre gratuita y obligatoria, a veces laica pero siempre abierta a todos. Surgieron editores de todas las formas y tamaños como respuesta a las necesidades que desató la reforma de la instrucción universal, desde los más poderosos que acompañaron a la Revolución, Hachette, Thomas Nelson, Noah Webster, Fritz Payot y consortes, a los más pequeños, miserables dueños de una pequeña prensa de pedales útil sólo para confeccionar los pliegos sueltos destinados a los lectores debutantes o sin dinero. Todos se transformaron en editores, es decir, en mediadores encargados de reclutar autores, sean humoristas famélicos o periodistas desempleados para destinarlos a un público de lectores cada vez más amplio.¹³

Sin embargo, tuvieron que pasar tres siglos para que los impresores y los libreros que se habían apropiado de esta nueva tecnología se transformaran en auténticos editores. En efecto, en una Europa con los ánimos irritados y las familias destrozadas por las guerras de religión, a menudo sangrientas, muchos impresores pagaron este compromiso con sus vidas. Desde este punto, podemos pensar en los destinos de Etienne Dolet, quemado vivo en París en 1546, Michel Servet, en Ginebra en 1553 o ¡Giordano Bruno, en Roma en 1600! En los tres casos, el martirio que sufrieron anuncia un rasgo que caracterizará al editor moderno: la participación en los debates intelectuales del momento, se trate de temas religiosos, filosóficos, políticos o literarios. Sin embargo, manteniéndose en la tarea de impresores y por lo tanto, sujetos a la estricta disciplina del taller, no podían dedicarse exclusivamente a buscar autores y menos aún escritores, lo que será la tarea principal de sus sucesores. Junto a los impresores, los libreros también fueron responsables de la difusión del libro en una Europa donde Alemania cedería su lugar a las Provincias Unidas —la Holanda moderna— que dominaban el universo editorial en el siglo XVII y ésta a Inglaterra, al ser Londres la capital indiscutida del libro en 1800.¹⁴ Ya se habían votado leyes que protegían el derecho de autor, o mejor dicho el de los vendedores, los libreros-editores. Se puso en marcha un movimiento que sacó del limbo a la profesión de *editeur* francés, *publisher* británico, *verleger* alemán o del editor español como por

10 Cherif Majdalani y Frank Mermier, (dir.), **Regards sur l'édition dans le monde arabe**, París, Khartala, 2016.

11 Cherif Majdalani et Frank Mermier, *op. cit.* Leslie Hawsam, **Cheap Bibles. Nineteenth-Century Publishing and the British and Foreign Bible Society**, Cambridge, Cambridge University Press, 2002, e Isabel Hofmeyr, **The Portable Bunyan : A Transnational History of Pilgrim's Progress**, Princeton, Princeton University Press, 2003.

12 Claude Hauser (dir.), **La diplomatie par le livre. Réseaux et circulation internationale de l'imprimé de 1880 à nos jours**, Nouveau Monde éditions, 2011.

13 Hans-Jürgen Lüsebrink (dir.), **Les lectures du peuple en Europe et dans les Amériques (XVIIe-XXe siècle)**, Bruselas, Complexe, 2003.

14 **A Companion to the history of the Book**, *op. cit.*

ejemplo, el Estatuto de la Reina Anna, adoptado en 1710 o las leyes francesas sobre la propiedad intelectual de 1777.¹⁵ Sin embargo, el editor sigue dependiendo del taller o del negocio, lo que le impide dedicarse a la que será su verdadera y única profesión: la mediación entre el autor y el lector.

La revolución de la imprenta de mediados del siglo XV conmocionó las costumbres y no podríamos pasar por alto las consecuencias que trajo este sismo en la edición futura, cuando los metalúrgicos, apurados por ganar dinero, pusieron a punto los tipos móviles de plomo. La decisión de imprimir una magnífica Biblia conocida como "de 42 líneas", denota la avidez y el deseo de hacer rentable, lo más rápido posible, la inversión para poder pagarle al financista que puso el dinero en primer lugar y desembarazarse de la tutela. Más allá de estas peripecias que conciernen a Gutenberg y sus más cercanos, una competencia feroz opondrá a los grandes impresores del siglo XVI en todo el continente europeo. Uno de los más brillantes, el veneciano Aldo Manuzio, se revelará al mismo tiempo como un gran capitalista de primera línea y un humanista que dialogaba de igual a igual con Erasmo y ponía al alcance de los intelectuales de la época los grandes textos de la Antigüedad griega.¹⁶ Allí también podemos ver que se anticipan muchos rasgos que tendrán los grandes editores del siglo XIX, como Louis Hachette, admitido en tercer lugar en la Escuela Normal Superior de París, latinista, helenista y anglicista reconocido y rodeado de un sinnúmero de profesores reconocidos, dota a su casa editorial, abierta en 1826, de un prestigioso catálogo de libros escolares y universitarios.¹⁷

Los impresores del siglo XVI primero se distinguieron en la fabricación y luego en la difusión de cientos de miles de **Biblias** en lenguas vulgares. Por ejemplo, que Henri VIII Tudor y sus sucesores impusieran la lectura de la **Biblia** en inglés los domingos prueba lo importante que fue poner a disposición de los fieles el texto sagrado para la expansión de las religiones reformadas siendo la religión anglicana la más rápida en difundirse en todo el país. En Alemania, Bohemia, Moravia y Suiza ocurrió lo mismo y la progresión de Lutero fue fulminante antes de que Calvino y sus discípulos propusieran otras lecturas a sus seguidores. La paz de Augsburgo de 1555 y el famoso principio jurídico *cujus regio ejus religio* (tal príncipe, tal religión) ilustran la capacidad de expansión de las religiones, que se detenían sólo por razones diplomáticas y establecían una línea de demarcación entre Estados católicos y Estados protestantes sin consultar a los sujetos. De hecho, ocurría todo lo contrario se los invitaba a respetar las creencias de sus soberanos. Sin la imprenta, estas nuevas religiones jamás habrían alcanzado un público tan vasto.¹⁸ Por más que la historia de las religiones provenientes del cristianismo diga que no esperaron el advenimiento de la imprenta para expandirse —¿podríamos pensar en Arrio o en la cantidad de cismas que amenazaron regularmente a la unidad de la Iglesia!— el nuevo invento multiplicó la facultad para que visionarios, profetas e intérpretes de lo divino conocieran los escritos.

Como los viajes de circunnavegación tuvieron lugar durante el mismo periodo, siglo XV y XVI, las Órdenes religiosas utilizaron las prensas para evangelizar a los pueblos de América y de Asia. Las **Biblias** en iroqués o tupí-guaraní fueron confeccionadas por sacerdotes y éstos inventaron algunas de las funciones que ocuparían los editores posteriormente. Consideraban que el libro no era solamente una mercancía sino también un fermento y que era necesario transformarlo en un arma al servicio de la misión. A la vez mercancía y fermento, escribiría más tarde Henri-Jean Martin retomando el esquema propuesto por su maestro, Lucien Febvre que le había demarcado el plan de lo que debería ser **L'Apparition du livre**¹⁹ en 1958, el fruto del invento de Gutenberg había sido a veces uno y a veces lo otro antes de reunir, bajo la batuta de verdaderos editores, las dos funciones. De todas maneras, y es lo que aquí nos ocupa, fue porque los impresores y libreros europeos del siglo XV y XVIII experimentaron las dos funciones del libro que éste inspiró, hacia 1770-1880, a los ambiciosos negociantes que inventarán realmente la edición moderna y se dedicarán a lo que hoy llamamos "el corazón del oficio": la búsqueda y reclutamiento de nuevos autores capaces de conmocionar el paisaje intelectual de la época.

15 J.Y. Mollier, "Publishing", **The Palgrave Dictionary of Transnational History**, ed. de A. Irye y P.Y. Saunier, New York, Basingstoke, Palgrave/Macmillan, 2008, p. 858-863.

16 Martin Lowry, **The World of Aldo Manucius. Business and Scholarship in Renaissance Venice**, Basil Blackwell publishers, Oxford, 1979.

17 J.Y. Mollier, **Louis Hachette (1800-1864). Le fondateur d'un empire**, París, Hachette, 1999

18 Jean-François Gilmont (dir.), **La Réforme et le livre : l'Europe de l'imprimé (1517-v. 1570)**, París, Editions du Cerf, 1990.

19 L. Febvre y H.J. Martin, **L'Apparition du livre**, París, Albin Michel, 1958.

El tiempo de los editores

Por supuesto, la generalización de la profesión del editor depende, para cada país, de múltiples factores —alfabetización, reforma de la instrucción universal, mercado de masas, etc.— y que las temporalidades no coincidan entre sí. Primero, Francia, Inglaterra, Alemania, luego la costa Este de Estados Unidos fueron los pioneros del movimiento; Italia, España y Portugal tuvieron un retraso mayor o menor relacionado con el analfabetismo que fue una realidad hasta el siglo XX en el sur de Europa. De todas maneras, en la mayoría de estos países, el *éditeur*, *publisher*, *verleger* editor es cada vez menos impresor librero y cada vez más un verdadero intermediario entre el autor y el público. Lejos de esperar a que los autores célebres vengan a tocarle la puerta, como lo hizo Lucien Rubempré cuando se dirigió a lo de Dauriat en el Palais Royal en **Las ilusiones perdidas**, el editor se pasa el día corriendo detrás de los escritores, al estilo Michel Lévy, que rescató un manuscrito de Balzac en los escalones de un teatro parisino y en otra ocasión fue en diligencia hasta Nohant, ubicado a 300 kilómetros de la capital francesa, para recuperar otro de George Sand.²⁰ El editor moderno obedece a la lógica de la oferta y busca innovarse permanentemente. Como si fuera un emprendedor del siglo XX descrito por el economista Joseph Schumpeter, trabaja sin cesar y no separa vida privada de vida profesional, recibe en su mesa o en el palco del Opéra a los autores de moda o a aquellos en los que vieron alumbrarse un destello del fuego sagrado. Es un hombre doble, un pie del lado de la mercadería y el otro del fermento, maneja mucho dinero en pérdidas y ganancias, pero se levanta y construye una editorial sólida, siempre y cuando no se convierta en la presa de un predador más fuerte o más ingenioso que él.

Así, las absorciones y fusiones de las empresas forman parte de la historia inicial de la edición, presentes ya desde los primeros años del siglo XIX. Louis Hachette, para el segundo *take off* en 1853, le debe mucho a la compra de una casa editorial especializada en guías de viaje y otra especializada en novedades. La guía de viaje y la novela del día conformarían junto al libro escolar, responsable del primer despegue 25 años antes, lo que fue la base de las colecciones reunidas en la "Bibliothèques des chemins de fer"²¹ encargada de asegurar la difusión de la marca Hachette en todas las vías de trenes. Vemos que el editor del estilo Hachette no es reacio a ganar dinero —Hachette, hombre de negocios, poseerá dos castillos y un portafolio de acciones industriales bastante lleno— como tampoco el impresor del Renacimiento del tipo Aldo Manuzio, pero éste se ha liberado de la obligación de invertir una parte de sus fondos en la fabricación de los volúmenes que vende, lo que aumenta sus beneficios considerablemente. De igual modo, el editor moderno es cada vez menos librero minorista por más que Louis Hachette desmienta la tendencia. Por ejemplo los hermanos Garnier, dueños de la *Librairie Garnier Frères* en la calle Lille y de la casa editorial Garnier Hermanos, conocida en América Latina gracias a sus filiales en Buenos Aires y México y a su sucursal brasilera *Livraria Garnier Irmaos* que después de la guerra franco-mexicana la americanizaron *Livraria B.L. Garnier* para evitar cualquier reflejo anti francés que pudiera suscitar la expedición de Napoleón III en América Latina.²²

Los ejemplos de las editoriales Hachette y Garnier que se transformaron insensiblemente en difusoras más que editoras, son interesantes porque anticipan los movimientos que observaremos a gran escala en el siglo XX, cuando las editoriales ganarán mucho más dinero difundiendo y distribuyendo los libros de sus colegas que editando sus propios catálogos. Si observamos que en 1929 en la víspera de la Segunda Guerra Mundial, la librería Hachette ganó 1, 4 mil millones de francos en un año (6 millones de euros actuales) y que la mitad provenía de la distribución de prensa y libros, remarcamos la evolución o dirección natural de una enorme empresa de edición cuyos objetivos se transforman según su crecimiento.²³ Podemos agregar que actualmente la editorial Gallimard, que acaba de comprar Flammarion a Rizzoli Corriere della Sera, y que presenta ganancias anuales de casi 5 millones de euros en 2015, realiza lo esencial de sus márgenes beneficiarios por intermedio de sus sociedades de difusión y distribución de los libros de sus competidores SODIS y CDE.²⁴

La mayoría de las grandes firmas mundiales se transformaron de la misma manera y a principios del siglo XXI, sea Bertelsmann o de Pearson, el Grupo Planeta o Mondadori la edición propiamente dicha sólo representa una

20 J.Y. Mollier, **Michel et Calmann Lévy ou la naissance de l'édition moderne (1836-1891)**, París, Calmann-Lévy, 1984.

21 Biblioteca de las vías del tren. (N.de T.)

22 J.Y. Mollier, "La maison Garnier frères de Paris: une entreprise tournée vers le nouveau monde", en M. Abreu (dir), **A Circulação Transatlântica dos Impressos. Ideias et Pessoas**, Campinas, en prensa.

23 J.Y. Mollier, **Hachette, le géant aux ailes brisées**, *op. cit.*

24 J.Y. Mollier, **Une autre histoire de l'édition française**, *op. cit.*

fracción de las ganancias de la totalidad de la edición mundial. Pero si estos distribuidores y difusores continúan editando, poseyendo y comprando marcas que tienen un fuerte capital simbólico, quiere decir que esta función todavía conserva una buena parte de su poder de atracción. Sin la “Biblioteca de la *Pléiade*”, la colección “Blanca”, que anhela a los mejores escritores y la colección “Folio”, el Roll Royce o la Ferrari de los libros de bolsillo, Gallimard perdería una gran parte de su valor simbólico pero también partiendo de la capacidad que tiene para drenar hacia sus filiales especializadas en la difusión de libros y su distribución física, perdería millones de libros provenientes de cientos de editores franceses.

Parece cómodo separar cronológicamente un “tiempo de editores” —el siglo XIX— y un “tiempo de empresas editoriales” —el XX—,²⁵ pero este esquema intelectual no es más que un modelo teórico útil e indispensable para comprender las líneas más importantes del movimiento centenario —el *trend*, como dirían los economistas anglosajones. Al igual que el modelo teórico justo tiende a resaltar la especialidad del editor y el abandono de las funciones de impresor y de librero, hay múltiples contraejemplos que se le oponen. De todos modos, hay que saber diferenciar una tendencia fuerte de una excepción. Según los países y las épocas, el editor estrella puede seguir siendo impresor —como el caso de Portugal— o librero —como fue en Francia durante el siglo XIX y avanzado el XX—, pero no deja de ser un editor auténtico por querer ligar su nombre a una marca y conservar en su editorial y en sus catálogos a los autores más prestigiosos de su campo —escritores, profesores, médicos o abogados según cada caso— para superar a sus rivales. El editor de literatura general no renuncia a la posesión de bienes materiales importantes —Michel Lévy, cuando murió en 1875, acababa de terminar su casa particular en *Champs Elysées* y tenía un viñedo bordelés—y tiene plena conciencia de existir, en el sentido fuerte del término, cuando logra que Charles Baudelaire, Alexis Tocqueville, Ernest Renan y Gustave Flaubert firmen los contratos que los vincule con su editorial.²⁶

André Schiffrin no ha dejado de repetir ni de escribir, desde su conferencia de prensa en Nueva York —que realizó por haber abandonado sus funciones en Pantheon Books en 1991— hasta la publicación de su libro **La edición sin editores**²⁷ en 1999, traducido en todas las lenguas del planeta: lo que hace al editor no es principalmente su instinto comercial sino la capacidad para detectar de entre la masa de manuscritos que le llegan aquél o aquéllos que aportarán algo importante a los lectores. En cualquier circunstancia, que el editor se satisfaga traduciendo al inglés **El Doctor Zhivago** de Boris Pasternak, las obras de Sartre o Foucault, en el caso de Schiffrin, o editando **Las Benévolas** en el caso de Antoine Gallimard, entendió que se encontraba frente a libros mayores y desplegó toda su energía para que lleguen al mayor público posible. Y si gana dinero con estas obras, mejor, porque le permitirá dar una oportunidad a debutantes o desconocidos y perder dinero. La ley de hierro de la edición que nombra Denis Diderot en **Carta sobre el comercio de libros** en 1764, sigue siendo actual ¡doscientos cincuenta años más tarde! De lo diez libros que el editor ponga en venta, cinco nunca le darán ganancia, cuatro cubrirán los gastos y uno solo le dará un importante beneficio. Si bien esta ley sufre incontables excepciones, no cambia en nada lo que supone, la obligación del editor auténtico para tomar riesgos y no seguir la demanda o sólo publicar los libros que reclama el público. En este sentido, esta norma implícita de la profesión permite separar a los editores de los simples comerciantes, hábiles para sacar algún provecho pero incapaces de dedicarse a la búsqueda de autores que triunfarán en un futuro.

Al mismo tiempo, ya lo hemos visto, a partir de la llegada de los grandes editores europeos y norteamericanos, otros profesionales alteraron o modificaron profundamente la naturaleza de la edición transformándola en un simple negocio encargado de rentabilizar lo más rápido posible los capitales invertidos para el lanzamiento de la empresa. Por ello, reina la confusión cuando se habla de edición y se confunde bajo el mismo vocablo a Michel Lévy que publicó la mayor parte de escritores románticos y realistas —de Balzac a Stendhal pasando por Baudelaire, Nerval, Gautier y Flaubert— con Ernest Flammarion cuya colección emblemática “Autores Célebres” traiciona la estrategia puesta en marcha: privilegiar la reedición de escritores conocidos para no arriesgar los capitales y publicarlos en una colección con muchísima difusión con el objetivo de aumentar las ganancias potenciales.²⁸ Por más que a los dos se los considere empresarios editores, no concebían al oficio del mismo modo. El segundo soñaba cómo hacerse una fortuna y comprarse bellos inmuebles en sillería mientras que el primero quería ser

25 R. Chartier, H. J. Martin y J. P. Vivet (dir.), **Histoire de l'édition française**, París, Promodis/Cercle de la Librairie, 1983-1986, 4 Vol., T. 3 et 4.

26 J.Y. Mollier, **Michel et Calmann Lévy ou la naissance de l'édition moderne...**, *op. cit.*

27 A. Schiffrin, **L'édition sans éditeurs**, París, La fabrique éditions, 1999.

28 Elisabeth Parinet, **La librairie Flammarion. 1875-1914**, París, IMEC Editions, 1992.

actor de teatro y se volvió librero editor para publicar el repertorio de su arte predilecto.²⁹ De todas maneras, como Flammarion también publicó a algunos escritores sin mucha notoriedad en otras colecciones, logró hacerse un nombre y transmitirlo a sus descendientes que hasta 1998 conservaron la marca en el seno familiar.

Todavía más lejos de los editores descubridores de talentos, se encuentran los editores del siglo XX que se conforman publicando memorias de estrellas del cine o de políticos conocidos porque piensan que esa notoriedad será suficiente para asegurar las ventas del volumen. Tal fue el caso en Francia, en 2014, para el editor de **Gracias por este momento**, el libro de la antigua y efímera pareja del presidente de la República, François Hollande. Antes de publicar esta bomba, impreso en el extranjero en absoluto secreto, el editor —Arènes— conocido hasta ese momento por su profesionalismo y ética, había firmado un contrato de difusión con el grupo Hachette, pasando del estatus de editor independiente y respetado al de un gancho para los negocios al servicio del número uno de la edición francesa, golpeando duramente su capital simbólico. Este ejemplo, como el del editor norteamericano de las **Memorias** de Monica Lewinski, musa completamente olvidada del ex presidente Bill Clinton, justifica bastante bien el análisis de André Schiffrin para quien la financiarización de la edición ha modificado profundamente la naturaleza de la profesión. De hecho, cuando los editores del pasado se mostraban oportunistas y publicaban un libro con olor a escándalo, éste no era el blanco de su estrategia y se conformaban con un “buen golpe” de publicidad. Por el contrario, los sucesores, dependientes de fondos de pensión norteamericanos o de fondos de inversión de cualquier origen, se encuentran obligados por sus propietarios a privilegiar la búsqueda sistemática de *bestsellers* por sobre la de autores que triunfarán a largo plazo. En Francia, se comprobó ampliamente en el 2004 cuando los fondos Wendel Investissement, dirigidos por el jefe de los jefes, el barón Ernest-Antoine Seillière le compró Editis a Jean-Luc Lagardère juró conservar la compra. Cuatro años más tarde renunciaba al pacto sin mostrar el más mínimo remordimiento y revendió Editis al español Grupo Planeta, sacando de la transferencia una buena plusvalía, muy comentada en ese entonces por la prensa internacional.³⁰

Stendhal sabía perfectamente que su novela **Rojo y Negro** de 1830 no tendría más de quinientos o seiscientos compradores y escribió en el prólogo que se dirigía a los *happy few* del futuro. De todas maneras, encontró un editor que si bien no hizo ningún esfuerzo por difundirlo al menos no le negó la publicación del libro en el formato más buscado de la época, in-octavo. Desde fines de 1990, se ha constatado un empeoramiento de la situación que describió André Schiffrin en su primer libro y en los siguientes, cada vez más pesimistas, sobre el devenir de la edición mundial.³¹ En efecto, la reciente fusión entre Penguin, filial de Pearson, y Random House, de Bertelsmann, que enseguida se transformó en la número uno de *tradebooks*, tiene como objetivo para la publicación de literatura general destinada a la venta en librerías comercializar en las lenguas más rentables del planeta las novelas que estén de moda y no las de vanguardia. La compra del grupo español Santillana en julio del 2014 le permitió al nuevo gigante, incrementar su presencia en América Latina y reforzar su dominio en el sector. Con ganancias de 3,5 mil millones de dólares en el 2014, vale más del doble que Hachette Livre, pero como Amazon obtuvo para ese año más de 75 mil millones, de los cuales cerca de un cuarto corresponde a difusión de libros, podemos ver hasta qué punto los intentos de redimensionar a los gigantes de la impresión para acomodarlos en orden de batalla frente a los amos de la nueva economía aparecen tarde, y en gran parte, ridículos, al haber tanta desproporción entre los medios de unos y de otros.

Los GAFAs embisten contra la edición

Hoy, cuando volvemos a leer la predicción de Dick Brass, dejando de lado la provocación, no podemos dejar de preguntarnos sobre el futuro de un actividad humana en plena mutación desde principios del tercer milenio. De hecho, en menos de diez años, el crecimiento de las *tablets*, los *readers* —las *liseuses*³² para los quebequenses— y la de los *smartphones* fue tal que la lectura en formato electrónico aumentó en proporciones considerables. Las principales editoriales mundiales buscan demostrar, para tranquilizarse, que la venta de libros electrónicos dejó de crecer en Estados Unidos y que incluso, en el 2015 la superó la venta de libros formato papel. Concluyen, con gusto, que el mercado del libro digital habría alcanzado sus límites y que ahora ambas partes deberán estabilizarse.

29 J.Y. Mollier, **L'Argent et les Lettres. Histoire du capitalisme d'édition**, París, Fayard, 1988.

30 J.Y. Mollier, **Edition, presse et pouvoir en France au XXe siècle**, *op. cit.*

31 André Schiffrin, **Le contrôle de la parole. L'édition sans éditeurs, suite**, trad. fr., París, La fabrique éditions, 2005, y **L'argent et les mots**, trad. fr., París, la fabrique éditions, 2010

32 Libro electrónico. (N. de T)

Lo que significa que han olvidado rápidamente que los editores hicieron un acuerdo para mantener un precio alto del libro electrónico —contra la voluntad de Amazon— y frenar su vertiginoso crecimiento. La barrera artificial que se opone a la progresión del nuevo formato de lectura no impedirá de ningún modo que siga creciendo y si le damos crédito a las encuestas realizadas en Francia, el consumo de libros electrónicos pasó del 5 % de la población en 2012 ¡al 18 % en el 2015!³³

A decir verdad, los editores franceses que festejan el crecimiento del libro en papel se parecen a los teólogos bizantinos cuando en mayo de 1453 la ciudad estaba por caer en manos de los otomanos y ellos seguían disertando hasta el infinito sobre el sexo de los ángeles...

Conviene entenderse para precisar cuál es la naturaleza de la supuesta recuperación del libro impreso en papel. Para ello y ante todo debemos verificar que tres de los diez principales de la edición mundial —Wolters Kluwer, Reed Elsevier que ahora es RELX Group y Thomson Reuters— obtienen más de dos tercios de sus ingresos de las revistas en línea, es decir, de lo electrónico. Luego, debemos tener en cuenta a los “pasajeros clandestinos” —utilizando una metáfora apreciada por los economistas— que no aparecen en los ingresos de los editores puesto que nunca compran nada pero consumen alegremente todo lo que esté a su alcance, ya sea por intercambio con amigos o porque leen en sitios gratuitos del tipo Gallica en Francia, piratean sitios accesibles o encuentran cualquier manera de satisfacer sus ganas de leer sin gastar un centavo de su presupuesto. De la misma manera que, hace diez años, las encuestas sobre el consumo de los franceses demostraron que la frecuentación de las mediatecas y las bibliotecas del país lejos de preocupar solamente el 17 o 18% de la población alcanzaría el 35% si se incluyeran a los usuarios invisibles que al no tener tarjeta de abono, como los *digital readers*, escapan a los estudios estadísticos y sobre todo a los balances contables de los editores. Lo que significa que para medir correctamente el mercado del libro y otros productos electrónicos dentro del campo de la lectura, es indispensable conocer las mutaciones de las prácticas culturales y apreciarlas en su valor razonable.

En Japón, los jóvenes se reconciliaron con la lectura, en parte, porque fueron inventados los *keisaishousetsu*, mangas escritos, difundidos y leídos exclusivamente en *smartphones*. Ya se ha comprobado la evolución que lleva a los usuarios de teléfonos portables a usar cada vez menos la función teléfono del aparato porque prefieren “tuitear”, enviar “SMS”, “MMS” o embarcarse en una lectura intensa de los mensajes recibidos de sus contactos. Inevitablemente, el campo de la edición se ve afectado y si el *streaming* de música todavía no ha emigrado realmente hacia el alquiler de capítulos de libros, nada impide pensar que una práctica similar o comparable se desarrollará en un futuro cercano.³⁴ Puesto que la “cultura del *zapping*” progresa a pasos agigantados, por qué el libro escaparía de ella, cerrarlo en el formato papel es un obstáculo que se supera fácilmente cuando se trata de libros electrónicos ya que es fácil pasar de un libro a otro, abrir múltiples ventanas en la pantalla plana y transformar un “stock” en un “flujo” permanente. Nada de esto impide constatar que durante ese mismo lapso, desde el 2006 al 2016, Amazon le arrebató a los principales grupos distribuidores de libros en el mundo cuotas de mercado muy importantes puesto que casi un cuarto de sus ganancias las obtiene de ese sector. Lejos de conformarse con esta ventaja, intentó en 2014 bajar drásticamente el precio del libro electrónico a 9,99 dólares quedando frente al mundo como el defensor de los derechos del público mientras que Hachette Book Group, Simon and Schuster y todos los que rechazaron la imposición, quedaron como unos conservadores atados a privilegios de otra época.

También durante el 2014, creó premios de literatura en Francia y en muchos otros países y les propuso a los autores el 70 % de los derechos de venta de los libros electrónicos si se autoeditaban en la plataforma, atacando de esta manera al corazón del oficio de los editores, la búsqueda de autores. Algunos grupos que entendieron el asunto, como por ejemplo Fayard en Francia una filial de Hachette, van a los ferias de autores autoeditados en internet y les proponen enviarles las obras y, en algunos casos, editarlos en papel. De hecho así fue, como lo dijimos en la introducción, el destino de **Fifty Shades of Grey**, recuperado finalmente por Vintage Books —filial de Random House y por lo tanto de Bertelsmann, y ahora también de Penguin Random House—. Antes, la autora E. L. James lo publicó en línea y luego lo descubrieron y discutieron unos internautas y luego lo cargaron en el sitio The Writer’s Coffe Shop donde finalmente los “scouts” de Vintage Books lo identificaron. Para terminar con el análisis superficial de este caso ejemplar agregaremos que en Francia, fue la editorial Ramsay, filial cien por cien de Hachette, la que lo tradujo y editó como ya lo había hecho con **El Código Da Vinci** y otros *best sellers*

33 Cifras proporcionadas por la INSEE Instituto nacional de estadísticas y de estudios económicos.

34 F. Martel, **Smart. Enquête sur les Internet**, *op. cit.*

mundiales.³⁵ Se confirma, con estos ejemplos, el oportunismo demostrado por los grandes editores del *trade* y la capacidad para adaptarse a un medio económico nuevo y hasta peligroso. De todas maneras, nada nos asegura que la situación será siempre así y la propuesta de Amazon de subir del 10 % al 35 % o al 70 % los derechos de autor, según éste entregue un producto que todavía no esté preparado para ser publicado en el sitio comercial online, o uno listo para la venta, traerá consecuencias, sin duda, a corto plazo. Los editores más conscientes saben que deberán aumentar considerablemente la cuota de los autores difundidos digitalmente, y si alargan este momento es porque intentan mantener las ventajas, aún considerables, de la venta de libros en papel. Mientras que se producen estas mutaciones, otras, tal vez más amenazantes, debilitan las posiciones adquiridas por los editores hace dos siglos. En efecto, Google construyó con constancia una de las bibliotecas digitales más importantes del mundo. Y no hay duda de que este gigante de la Neteconomía la va utilizar tarde o temprano para rentabilizar la inversión inicial cuando escaneó los fondos de muchísimas bibliotecas universitarias norteamericanas, británicas, españolas, italianas o francesas. En cuanto a las redes sociales, sin duda el actor digital más ofensivo del sector, no tardaron en fabricar a escala industrial novelas redactadas por blogeras de moda como Zoella —o mejor Zoé Sugg—. Penguin Books no tardó en fijarse en la “youtuber” especialista en cosméticos y publicó **Girl On line** lanzado con muchísima publicidad y rápidamente clasificado en el “top 100” de *best sellers* en más de veinticuatro países entre 2014 y 2015. Si agregamos que **Fifty Shades of Grey** sobrepasó los cincuenta millones de ejemplares vendidos y que una buena parte de la opinión británica considera que **Girl On line** es la novela más importante de la literatura inglesa desde sus orígenes, habremos comprendido que es inútil tranquilizarse cuando observamos la tímida recuperación de la venta de libros en papel durante el 2015.

El mundo de la edición cambió en diez años y las estructuras íntimas están débiles, amenazadas de implosión, a tal punto que hace algunos meses Hachette Book Group pasó a la ofensiva negociando con Amazon y Google y comprando sociedades especializadas en juegos electrónicos, dotándose de puestos de vigilancia en un sector en el que las prácticas culturales evolucionan a toda velocidad. Esto no le impedirá a GAFAM librarse de los acuerdos si ya no le parecen necesarios, lo que promete batallas homéricas para el futuro. En cuanto a lo que nos respecta en este ensayo de análisis histórico del sistema editorial, insistiremos sobre el aumento de la autoedición, multiseccular pero rejuvenecida de repente, gracias a las infinitas posibilidades que ofrece la electrónica. Las redes sociales se quedaron con la función de la crítica, hasta este momento reservadas a las revistas, a la prensa y a la televisión con los programas de Bernard Pivot en Francia y de Oprah Winfrey en Estados Unidos. Cuando Youtube logra que una parte importante del público británico considere a **Girl On line** como el suceso literario más importante de toda la historia literaria del país y que **Gracias por este momento** tenga el récord de venta de libros en Francia en 2014, sólo podemos concluir que algo ocurrió y conmocionó completamente el mundo de la cultura y que los gigantes de internet tienen mucho que ver.

[Título original: “Du livre imprimé au fichier numérique, la fin d’un cycle historique pour l’édition contemporaine”].

Traducción del francés: María Virginia García]

35 J.Y. Mollier, **Hachette, le géant aux ailes brisées**, *op. cit.*